# ¡Quiero trabajo!

María Luisa Carnelli

eduvim

# ¡Quiero trabajo!

María Luisa Carnelli

eduvim

# ¡Quiero trabajo!


## María Luisa Carnelli


**Prólogo: Tania Diz, Tristan Maroff**

**Narradoras Argentinas**

Carnelli, María Luisa

¡Quiero trabajo! / María Luisa Carnelli ; prólogo de Tania Diz. - 1a ed . - Villa María : Eduvim, 2018.

Epub - (Narradoras argentinas)

ISBN 978-987-699-492-7

1. Género. 2. Literatura Argentina. 3. Revolución. I. Diz, Tania, prolog. II. Título.

CDD A863

Narradoras Argentinas

colección dirigida por:

María Teresa Andruetto

Juana Luján

Carolina Rossi

Edición: Jesica Mariotta

Maquetación: Eleonora Silva

© 2018. Editorial Universitaria Villa María

Chile 253 – (5900) Villa María,

Córdoba, Argentina

Tel.: +54 (353) 4539145

www.eduvim.com.ar

**Índice**

Transgresión y revolución en María Luisa Carnelli

Mujer y revolucionaria

Esquirlas en la espalda

Bibliografía

Prólogo (a la edición de 1933)

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

# Transgresión y revolución

# en María Luisa Carnelli

*Tania Diz**

Ella es ella y él.

En los primeros años del siglo xx, escritoras y periodistas de una incipiente clase media compartían ciertas características con sus colegas varones: tanto unas como otros eran descendientes de inmigrantes o inmigrantes, hacían de la escritura un medio de vida, lo que los lleva a practicar diferentes géneros –periodismo, poesía, teatro, narrativa–, asumían un compromiso social y político revolucionario, el periodismo funcionaba como espacio de inserción social y cultural. En el caso de las mujeres, deben tenerse en cuenta, además, los prejuicios de género que subyacían y que estaban legitimados por el Estado. Recordemos que las mujeres recién obtendrán los derechos civiles en 1926 y los políticos, en 1947; con lo cual se acepta desde el derecho, la representación infantilizada sobre las mujeres que puede leerse en la prensa de la época. Además, la imagen de la escritora estaba matizada por los ideales de la domesticidad; la actividad laboral femenina era vista con un manto de sospecha, sea por suponer una vida licenciosa o sea por suponerla masculinizada. Así es que, en las revistas literarias, la mujer que ejercía el periodismo o que escribía estaba encorsetada por prejuicios que iban desde el paternalismo de Nosotros en 1910 a la injuria descarnada de Claridad en 1930.

En este contexto está inserta María Luisa Carnelli. Ella nació en la ciudad de La Plata, el 31 de enero de 1898; en la misma década en que nacieron Alfonsina Storni, Victoria Ocampo, Salvadora Medina

Onrubia, sin ir más lejos. De diferentes orígenes y lugares, todas ellas dejaron su huella en las letras. Carnelli pertenecía a una familia de clase media quizás algo conservadora, tenía muchos hermanos, y, a pesar de las prohibiciones paternas, entró en contacto con la música y el lenguaje del tango de inicios de siglo xx.

Al reconstruir la historia de los escritores, uno de los tópicos más atractivos es el de los inicios, desde la osada fantasía borgeana entre guerreros y lectores, hasta las escenas de lectura infantil más o menos censurada por la mirada materna. Recordemos a Victoria Ocampo escondiendo los libros que leía bajo la cama, a Alfonsina Storni dejándole orgullosa a su madre un poema en la mesa de luz para recibir luego un gran reto por ese pesimismo temprano de la pequeña, o a Norah Lange, ya adolescente, dejando que algunos poetas amigos de la familia lean sus primeros versos. En esta serie de relatos, Carnelli, a los 12 años, aún en La Plata, escribe un poema dedicado al río Sarandí que envía al diario El día. La experiencia, como suele suceder, fue frustrante: se lo rechazaron.

Luego, las ansias, el matrimonio o la vocación la llevaron a Buenos Aires y allí escribió para diarios y revistas. Carnelli, como muchos escritores de su generación, supo adaptar la pluma a diferentes géneros –letras de canciones, poemas, crónicas, ensayos, artículos– hasta escribir una única novela: ¡Quiero trabajo!

Antes de entrar en ella, quisiera detenerme en esta etapa anterior a la misma en la que Carnelli lleva adelante una estrategia con la que parece adelantarse a la invitación de jugar con las identidades sexuales que es la de escribir bajo un nombre de varón. Es decir que halló un modo de profesionalización de su tarea ligada a una figura común en la época que es la del escritor-periodista de sectores medios, que busca en los medios gráficos, en el teatro y en la música, un modo de subsistencia y de inserción en el campo intelectual. Quizás sea más preciso decir que lo suyo era el periodismo más que la ficción pero que, al igual que Enrique

González Tuñón, Nicolás Olivari, Alfonsina Storni o Nydia Lamarque; escribió indistintamente ficciones, tangos y notas periodísticas.

Así, en Buenos Aires, ya en plena década del ‘20, entra en el ambiente del periodismo, la noche y el tango; formando parte de “los escritores del margen”, como dice Sarlo (1988). Los pocos datos biográficos que se encuentran coinciden en comentar que se casó y se separó, que tuvo un hijo, que fue pareja de Enrique González Tuñón, que seguramente fue muy amiga de Nicolás Olivari, como se desprende de la dedicatoria que les escribe a ambos el autor en su libro  El gato escaldado, de 1929: “A Enrique González Tuñón, a María Luisa Carnelli. Los más buenos, los más fieles, los más leales.” Con mayúsculas para resaltar los nombres y, luego, el afecto sincero que alude a notas del sentimentalismo de la estética del grupo de Boedo. Sugiere, también, una confraternidad inquebrantable que de algún modo los sostiene como obreros de la escritura, en circunstancias económicas y sociales nada sencillas. A este trío, podría agregarse uno más: Carlos de la Púa, también muy amigo de ellos y gracias a quien Carnelli, en 1927, escribe la letra de El malevo, uno de sus primeros tangos.

Efectivamente, Carnelli vivía de la escritura de letras de tangos, pero también de poemas que publicaba en diversas revistas, como tantos de su generación. Lo que se salió de lo común fue la estrategia que llevó adelante para hacerlo: los tangos son firmados con los seudónimos Luis Mario y Mario Castro, y los poemas, como María Luisa Carnelli. Según ella supo decir, lo hizo por temor al reto de su padre y, seguramente, a la inversa, le daría cierto prestigio social y familiar su nombre en la autoría de poemas. El uso del seudónimo tiene una larga tradición, y el caso más específico de mujeres que firman como varones, también. Si Emma de la Barra se escondió tras un nombre masculino para poder publicar y, unos años más adelante, Storni acudió a la firma masculina más bien lúdicamente, ¿cómo leer el gesto de Carnelli? La suya es, en verdad, una argucia mediante la que demuestra una notable capacidad de mutar de estilo y sexo al decir, como Mario

Castro: “Sos un malevo sin lengue,/ sin pinta ni compadrada,/ sin melena recortada,/ sin milonga y sin canyengue”;1 y como María Luisa Carnelli: “Sobre la rama frágil que un pájaro ha curvado/ Pasó un soplo de brisa, blando, suave, infantil./ Fruto de savia débil, las hojas han temblado/ Bajo la tibia y mansa caricia del Abril.”2 El gesto de Carnelli proviene de amoldarse a lo previsible –la firma masculina en los tangos y la femenina en la poesía–; para escribir y publicar, más allá de que, si descorremos el velo del estilo, hay un eje que se reconoce desde los tangos y poemas hasta la novela, que es la preocupación por lo social.

En esos años, González Tuñón está publicando, en el diario Crítica, la serie de las glosas de tangos que tomarían forma de libro en 1926. Tuñón se lo dedica a Juan de Dios Filiberto, “Himalaya del Tango argentino”, y, justamente, éste no sólo es de los compositores destacados de “La vieja guardia” sino que además es quien hace la música de varios tangos con letra de Carnelli. Es más, Tuñón glosa varios tangos de Carnelli, como es el caso de Primer agua, que se estrenó y editó en forma de folleto. Resulta difícil contabilizar con precisión la cantidad de letras escritas por Carnelli,3 pero sí se pueden mencionar los más destacados como Moulin Rouge, Linyera, Se va la vida, Cuando llora la milonga. Entre los compositores de tangos con sus letras, además de Juan de Dios Filiberto, se destacan Julio de Caro y Edgardo Donato; y fueron estrenados por cantantes famosos en la época como Azucena Maizani, Carlos Gardel y Agustín Magaldi. En cuanto a las letras de Carnelli están atravesadas por la transición respecto de lo que se denomina como “La guardia vieja” y “La guardia nueva”, de la que Julio de Caro fue el principal renovador a través de modificaciones en la conformación de las orquestas y en la estructura misma de los tangos.4

En torno a algunas letras, giran anécdotas tales como que la letra de El malevo la escribe en homenaje a su amigo Carlos de la Púa quien, con su libro La crencha engrasada (1928), defiende el uso del lunfardo y abona una disputa estética en la que se cruzan Jorge Luis Borges, Nicolás Olivari y hasta Roberto Mariani. No sabemos si

Carnelli participó de esta disputa pero sí supo, en las letras de tango, usar la jerga lunfarda. Uno de sus tangos más conocidos en aquellos años fue Se va la vida, cantado por Azucena Maizani en sus giras tanto nacionales como internacionales. Luego, en 1930, con el tango Linyera, obtiene el primer premio en el concurso Max Glücksmann, "Séptimo concurso del disco nacional".

La firma masculina claramente trasciende la anécdota de la prohibición y pasa a ser una marca de estilo que le resulta efectiva en ese mundo tan estereotipado en cuanto a las diferencias de género. Con la firma femenina, Carnelli actúa otro rol, el de la poetisa, así publica poemas en las revistas de divulgación masiva de la época y arma un perfil más aceptable en una mujer. Al menos es lo que se refleja en Caras y Caretas, en una sección que lleva por título "Intelectuales argentinas", en la que se publica un artículo dedicado a ella con varias fotos en la que no falta aquella en la que está bordando, sentada en un sillón de su casa.5 Cabe recordar que en la misma revista, en otro número, aparece una nota similar dedicada a Storni, en la que ella está cocinando, como para tranquilizar al lector común respecto de que estas mujeres tan públicas, además, saben ocuparse de lo privado. En su momento, Storni ironizó sobre esta colocación en la que se insistía sobre todo en las revistas de divulgación masiva. Carnelli, en esa nota, se presenta a sí misma como "poetisa" y se acompaña el breve comentario con un poema y el fragmento de una reseña de González Arrili, quien destaca el talento de la escritora. La nota, de 1925, elude la faz arrabalera y adecúa su imagen al estereotipo de la poetisa. Cabe aclarar que en esta década, Carnelli publica cuatro poemarios6 que van desde una poesía amorosa de un modernismo tardío hacia una poesía de corte explícitamente social.

Además, junto con Nydia Lamarque y Storni, participa de la Agrupación femenina comunista fundaba por Ida Bondareff de Kantor; dato que indica el inicio de una militancia constante en las filas del Partido Comunista al menos hasta la Guerra Civil Española. (Corbiere en Valobra, 2015). Por otra parte, ¡Quiero trabajo! es una novela que puede ser leída como un caso típico de realismo

socialista; aunque también tiene sus líneas de fuga.

**Mujer y revolucionaria**

*¡Quiero trabajo!7 fue publicada por la editorial Tor en 1933 y contiene un prólogo de Tristán Marof.8 Éste es un escritor boliviano, trotskista, que ha publicado numerosos ensayos y ficciones marxistas. El mismo año en que escribe el prólogo, publica una nota sobre Mariátegui en la revista Contra.9 Marof celebra a Carnelli diciendo: "'¡Quiero trabajo!' es una obra intensamente bella. Es lo mejor que podía haber hecho María Luisa Carnelli. Emoción, sensibilidad, trama nerviosa, todo está descripto con maestría. Es no solamente un libro, es un documento." (Carnelli, 1933, Pág. 15) y la ubica en una tradición doble: por un lado, la de los escritores que han vivido como Máximo Gorki, en contraposición a los escritores profesionales; y, por el otro, resalta su sincera pasión por la emancipación de la mujer, vinculándola con feministas históricas como Mary Wollstonecraft y con una poeta contemporánea a ella, también en las filas del comunismo: Blanca Luz Brum. Además, la distingue de la erudición de Gabriela Mistral o de aquellas escritoras que creen en "los espíritus y en la teosofía", en alusión a Salvadora Medina Onrubia. Ante esta ubicación, quisiera resaltar la celebración, por parte de Marof, de que sea una escritora con experiencia, es decir que la escritura no es más que una consecuencia de su experiencia, lo que queda más que claro al final de ese prólogo cuando afirma: "María Luisa tiene pasado. He aquí su obra. ¡Infelices los hombres y las mujeres que no tengan pasado!" (Pág. 17), lo que implica decir que su mayor mérito no es el de responder a una tradición literaria, menos aún el de tener ambiciones estéticas, sino ser, según sus propias palabras, "sincera, verdadera, genuina". Esta ubicación nos tienta a pensar que se trata de una entrada singular a la literatura, ya que ingresa como ejemplo de lo anti-literario: no por romper con sus paradigmas, lo que podría ser un gesto vanguardista, sino por un exceso un poco ingenuo de sinceridad, cuestión que obedece a los principios de algunos escritores de izquierda. Efectivamente, la primera recepción de la novela fue en clave autobiográfica.10*

La novela está dividida en tres partes: en la primera, Susana, la protagonista, recuerda distintos episodios de su infancia y adolescencia hasta que, para no desobedecer a su padre, a los diecisiete años, se casa. En la segunda parte, la protagonista narra las desdichas de su matrimonio, su embarazo, la decisión de interrumpirlo, el divorcio y su deambular por distintos lugares de la ciudad, prostituyéndose para tener algo de dinero. En la tercera parte, Susana comienza una búsqueda desesperada de trabajo hasta que, sobre el final, se integra a una manifestación de desocupados y realiza un llamamiento a la unión de los hombres y mujeres del mundo para combatir al capitalismo.

Una clave de lectura: la novela social o denuncialista (Montaldo, 2006) que muestra las injusticias en que vive la clase trabajadora, las corrupciones de los políticos y/o de la burguesía, las violencias a las que están expuestas las personas sin recursos. La novela recorre los tópicos que dan cuenta de la crueldad del capitalismo: abusos de poder, humillaciones, injusticias, aun cuando no tenga la desmesura de Elías Castelnuovo. Carnelli quiere dar testimonio, la letra de la periodista se adivina en la palabra cuidada, verosímil, palabra que muestra cómo es el mundo desde los excluidos. A la vez, introduce dos cuestiones que se desvían del paradigma del denuncialismo: por un lado, la voz narradora de Susana poco a poco pierde protagonismo hasta que su voz es la de todos los que sufren los mismos males, como si intentara construir una voz social, polifónica. A medida que avanza la novela y, en consecuencia, la vida de Susana, aparecen voces anónimas que opinan o juzgan hechos junto con fragmentos que parecen extraídos de los diarios de la época: avisos clasificados, noticias policiales, titulares. Cuando la protagonista está en plena tarea de búsqueda de trabajo, comienza a desaparecer en tanto individualidad y se fusiona con la masa: su historia de fracasos y abusos en las entrevistas laborales es la misma que la de miles que están en su situación; hasta que la novela culmina interpelando al lector y llamándolo a la lucha

Compañeros: Yo, Susana Miller, treinta años, eso fue, eso viví, eso he visto. No hay más derechos que los nuestros. Hay que romper la mole de la mistificación. Y el bandolerismo. Libertad, paz, justicia y trabajo. trabajo. Yo, cientos, miles, millones queremos trabajo. ¿Trabajo? Al diablo la ingenuidad y el optimismo. Nadie viene a ofrecerlo en bandeja de plata. ¡Compañeros! Apretemos las filas. Contra la muralla opongamos el pecho. Algo que tiembla cederá. Esto es el siglo xx.

Arriba los pobres del mundo

De pie los esclavos sin pan… (Pág. 143)

Otro desvío es que la protagonista es una mujer, y Carnelli es precisa y sutil en señalar aquellas situaciones o sentimientos que están marcados por una cuestión más ligada al género que a la condición social. Al inicio da cuenta de cómo el castigo, en la infancia de Susana, fue efectivo en su aprendizaje de género: comprendió que debía someter su deseo al deseo del otro. Y su único resguardo fue la angustia mediante la que logra cierta distancia que le permite contar. Si el matrimonio se presentaba como la mejor opción de vida para la mujer, Susana demuestra lo contrario y a partir de su separación, comienza a colocarse los diferentes trajes femeninos que la sociedad le ofrece. Así encuentra, ante el constante acoso de la mirada masculina, que mediante su cuerpo puede obtener dinero. Y en ese submundo de la prostitución surgen pequeños retratos de mujeres que se prostituyen, dejando ver esta otra faz de la crisis social, que si bien es cruel, no victimiza a las mujeres.

Susana, además, encarna los prejuicios de la izquierda ante el feminismo sufragista, al que acusa de burgués, y su pensamiento contiene varias de las ideas que circulaban sobre “la mujer nueva” a través de traducciones de artículos de Alejandra Kollantay o de Rosa Luxemburgo publicadas en Contra o Claridad; así como también algunas que desarrolla Amparo Mom en Contra. Básicamente, se hacía un llamamiento por la unión de las mujeres a

la lucha colectiva, a la igualdad de derechos y a la emancipación.

Uno de los momentos más originales de la novela es aquel en que Susana, recientemente casada, anuncia que ha quedado embarazada y que no va a tener a ese hijo:

Yo no quiero un hijo ¿Para qué?

Mi vida no es una vida agradable y vulgar, no tengo dinero, comodidad, descanso, ni el más ínfimo motivo para ser feliz. (…)

Mañana, mañana mismo, aunque tenga que empeñar lo único empeñable que me queda, mi anillo de matrimonio y mi saco de abrigo, iré a desbaratarle a la naturaleza su malévola combinación. Más de treinta pesos no me ha de cobrar la partera. Dicen que el aborto es un acto criminal y arriesgado. Lo primero no me preocupa, peor es dar la vida a un hijo en este estado de desmoralización y de abandono. (Pág. 50)

El aborto en sí aparece en muy pocas ocasiones en la ficción y menos aún como en este caso: es una mujer casada la que asume la decisión. La razón, en este caso, se sostiene no en la vergüenza y/o la pérdida de la virginidad fuera del matrimonio como sugería Salvadora Medina Onrubia en El vaso intacto (1926), tampoco es un modo más de la violencia hacia la mujer como proponía Arlt en Los siete locos; sino que es la ausencia de un futuro próspero para criar a un hijo. Entonces, el aborto pasa a ser una decisión personal como consecuencia de una profunda crisis social.

La novela entra en diálogo con cierta reflexión ante los mandatos de subjetivación de las mujeres que le era contemporánea. Me refiero a El amo del mundo (1927) de Alfonsina Storni, Las descentradas (1929) de Salvadora Medina Onrubia y 45 días y 30 marineros de Norah Lange (1933). De modos muy distintos, las cuatro escritoras

casi en los mismos años señalan las incomodidades, prejuicios y violencias que debían enfrentar las mujeres en tanto tales.



## 11

Entre los años 1933 y 1937, Carnelli vivió en España y escribió para varias publicaciones republicanas12, por ejemplo en las dos versiones del periódico madrileño del Partido Comunista El Sol, se la menciona varias veces como camarada y redactora del mismo, se dice que participa de diferentes actos, además de aparecer en el frente de batalla y publicar notas, consejos de acciones en la retaguardia o artículos que resaltan acciones heroicas. En una ocasión se ilustra el periódico con una foto de "nuestra redactora María Luisa Carnelli" y otras compañeras, la noticia de la incorporación de las mujeres al trabajo de retaguardia; en otro número, ella está junto a un soldado y el pie de foto dice: "El cabo Fernández Romero explica a nuestra camarada de la redacción María Luisa Carnelli la forma en que fue herido al salvar la vida de un compañero".13 Sus artículos se contagian del tono esperanzador y comprometido propio de aquel momento, a la vez que tiene una prosa cuidada en el uso de metáforas y otros recursos que apuntan a enaltecer a los milicianos. Además, Carnelli publicó poemas dedicados a diferentes episodios de la guerra, por ejemplo, escribió cuatro romances dedicados a los barrios de Madrid ("Cuatro caminos", "Puente de Vallecas", "Ventas" y "Puente de Segovia") que fueron publicados en forma de folletos por el Socorro Rojo Internacional. Viajó a Asturias para conocer de cerca los episodios de la llamada Revolución de Octubre, que luego plasmó en su libro UHP, Mineros de Asturias,14 editado en Buenos Aires, en 1936.

En el periódico La Libertad, en septiembre de 1937, se comenta el acto realizado en razón de la despedida de "la escritora argentina María Luisa Carnelli, que regresa a su país", si bien siguen

apareciendo crónicas y artículos de ella en El Sol, en los meses siguientes de este mismo año. Antonio Machado le dirige una carta desde Barcelona con fecha 19 de noviembre de 1938 en la que se anoticia de su regreso a Argentina con el fin de seguir trabajando en solidaridad hacia la república española y expresa su agradecimiento hacia el pueblo argentino así como una notable tristeza ante el avance del franquismo y algunas traiciones de los españoles (Alonso, 1985, Págs. 454-455). Por todo ello, presumiblemente haya vuelto a la Argentina en 1938. De su vuelta y hasta su muerte, el 4 de mayo de 1987, poco se sabe, sólo que vivió en Buenos Aires, que en algún momento fue a vivir a México, que regresó y siguió trabajando en diarios y en revistas.

**Bibliografía**

Alonso, M., Antonio Machado. Poeta en el exilio, Barcelona, Anthropos, 1985.

Brunelli, O., “La transición de la guardia vieja a la guardia nueva en el tango”, en I Jornadas de Lenguaje, literatura y tango, Biblioteca Nacional, Bs. As., 4 y 5 de agosto de 2016.

Carnelli, M. ¡Quiero trabajo! Bs. As., Ed. Tor, 1933.

Diz, T., “El derrotero femenino y la salida revolucionaria en ¡Quiero trabajo! (1933) de María Luisa Carnelli”, en Revista Nomadías, Nro. 20, págs. 249-271, 2015.

Montaldo, G., “Literatura de izquierda: humanitarismo y

pedagogía", en Viñas, D., Montaldo, G. (Comp.), Irigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930), Bs. As., Paradiso, 2006.

S/A, "De letras y comentarios. Linyera", en 1880-Un siglo de historia- 1980. Tango, Tomo III Consolidación y ruptura, Bs. As., Ed. Perfil, 1980, Pág. 626.

S/A "María Luisa Carnelli, para el tango 'Luis Mario'", en 1880-Un siglo de historia- 1980. Tango, Tomo I Bautismo y personalidad, Bs. As., Ed. Perfil, 1980, Pág. 156.

Valobra, A., "Formación de cuadros y frentes populares: Relaciones de clase y género en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951", Revista Izquierdas (23), 2015. Dirección URL: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7373/pr.7373.pdf

## Notes

**1. El malevo , tango, 1928.**

**2. Rama frágil , poema, 1925.**

**3. Las siguientes son las referencias de los tangos que hemos relevado y se anotan con el siguiente criterio: título, letrista, compositor, año. – Primer agua , Mario Castro, Francisco de Caro, 1928. – El malevo , Mario Castro, Julio De Caro, 1928. –**

**Se va la vida , Luis Mario, Edgardo Donato, 1929. – Cuando llora la milonga , Luis Mario, Juan de Dios Filiberto, 1927. – Moulin Rouge , Luis Mario, Julio de Caro, 1929. – Pa´l cambalache , Luis Mario , Rafael Rossi, 1929. – Linyera , Luis Mario, Juan de Dios Filiberto, 1930. Por las notas y comentarios relevados, se infiere que fue una letrista más profusa de lo que parece ya que ha escrito no sólo gran cantidad de tangos sino también milongas, rancheras, zambas y hasta intentó imponer un nuevo ritmo nuevo llamado Tam Tam.**

**4. Les agradezco a Ana Di Toro y a Germán G. Martínez por el material que me facilitaron y los comentarios sobre el tango en la época, que enriquecieron este trabajo.**

**5. "Intelectuales argentinas: María Luisa Carnelli", Caras y Caretas , nro. 1393, 13 de junio de 1925.**

**6. Versos de una mujer , Bs. As.: E. Menéndez, 1923; Rama frágil, Bs. As.: Samet, 1925; Poemas para la ventana del pobre, Bs. As.: El Inca, 1928; Mariposas venidas del horizonte , Bs. As.: El Inca, 1929.**

**7. Para un análisis más detallado de la novela, ver D iz , 2015.**

**8. Este prólogo se reproduce en la presente edición. (N. de E.)**

**9. González Tuñón narra con ironía las vivencias de un hombre acusado de comunista y de querer atentar contra la vida del presidente de Bolivia. Lo apresa la policía, allanan su casa y**

**encuentran, allí, un retrato de un hombre con barba, lo interrogan y dicen que podría ser Tristán Marof pero no, era Horacio Quiroga. La presencia de Quiroga viene a resaltar lo absurdo de la persecución política y la de Marof funciona como un temible emblema del comunismo, lo que nos permite suponer la reputación que tenía en el ambiente. Enrique González Tuñón. "Brújula de bolsillo" en Contra , Edición Facsimilar, 2005, Pág. 141.**

**10. Aparte de las palabras de Marof que acentúan lo autobiográfico por sobre lo ficcional, podemos mencionar una reseña en Caras y Caretas que dice: "La forma novelesca no alcanza a disimular completamente lo mucho de autobiográfico que tienen los casi siempre amargos capítulos que la autora ha dedicado a la heroína, una muchacha vencida por la vida, o posiblemente, más que por esta, por una casi patológica falta de voluntad." (S/A, "¡Quiero trabajo!", Caras y Caretas , Nro. 1839, Bs. As., 30 de diciembre de 1933, Pág. 119.).**

**11.**

Le debo a Nora Domínguez esta frase que dijo cuando me contó que le habían presentado a Carnelli como una señora ya muy viejita, con esquirlas en la espalda por haber participado de la Guerra Civil Española.

**12. Algunos de los artículos que escribe son: – "Antitanquistas. Un cuerpo de selección, donde están los combatientes más decididos y más audaces", en Ahora. Diario de la juventud, Madrid, 23 de abril de 1937 , P ág. 7. – "Campesinos de España. La gran conquista de los de Jaen: 360.000 hectáreas. Por qué están con nosotros", en El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista de España, año 1, nro. 22, Madrid, 24 de junio de 1937 , P ág. 4. – "Sangre de los Gal á n. 17 años: va de**

voluntario a los frentes de Arag ó n", en El So l. Diario de la mañana del Partido Comunista , año 1, nro. 128, Madrid, 23 de octubre de 1937, Pág. 1. – "Los camilleros", en El Sol. Diario de la mañana del P artido Comunista , año 1, nro. 107, Madrid, 29 de setiembre de 1937 , P ág.3. – "Invierno de nuestra sierra y la moral de sus soldados", El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista, año 1, nro. 118, 12 de octubre de 1937 , P ág. 1. – "Cuerpo a cuerpo. Episodios de la brigada de la carta del Moro y el esfuerzo heroico de un sanitario", El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista de España , año 1, nro. 39, 14 de julio de 1937, Pág. 3. – "Soldados de la libertad", El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista, año 1, nro. 132, 28 de octubre de 1937 , P ág. 1. - "Los que aguantaron diez mil cañonazos en el Jarama", El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista, año 1, nro. 79, 28 de agosto de 1937, Pág. 1. – "Deberes de la retaguardia. Los niños de Madrid, ¡lejos de la artillería antifacista!", en El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista, año 1, nro. 87, 07 de setiembre de 1937, Pág. 3.

13. El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista de España , año 1, nro. 45, 21 de julio de 1937, Pág. 1.

14. U.H.P. Mineros de Asturias , Bs. As.: A. J. Weiss, 1936.

“Cuatro libros de versos publicados y dos inéditos, esa ha sido mi obra escrita, anterior a Quiero Trabajo. Tiempo del ocio y de la poesía intrascendente, de la cual me he apartado, felizmente a tiempo, en pleno fervor de juventud consciente y creadora.

Con Quiero Trabajo doy el primer envión y me lanzo definitiva y cabalmente, desde el verdadero punto de partida.

Tengo un hijo. Que su formación espiritual y moral, y mi producción intelectual iniciada con Quiero Trabajo y con Barricada, que ha de seguirle, sean mi ardiente cooperación para el seguro provecho de las generaciones que llegan”.

**Maria Luisa Carnelli**

# Prólogo

# (a la edición de 1933)

*¡Quiero trabajo! Sí, quiero trabajo, es el grito de la pequeña burguesía pauperizada y proletarizada por la terrible crisis del sistema capitalista, el cual en sus deseos de lucro incesante, ha destruido todos los sentimientos, los más respetables lazos de familia, las relaciones sociales y lo que en un tiempo pretérito fue sagrado e intocable.*

La tragedia de la pequeña burguesía es dolorosa y lamentable. Los más inteligentes y sensibles han reaccionado favorablemente, insurgiendo contra una sociedad que los desprecia profundamente y los emplea en los más viles servicios. Los intelectuales están en este caso. Por tristes pitanzas se les obliga a lustrar las botas de los ruines y de los que la canallería organizada ha convertido en pontífices de la explotación.

Presionada la pequeña burguesía por la clase opresora, igual que el proletariado, poco a poco ha ido convirtiéndose en todos los países en carne de sacrificio, para ser devorada a su turno, sin compasión por los grandes empresarios. ¡No hay ninguna esperanza de salvación! La pequeña burguesía junto con el proletariado no tienen otro porvenir que el hambre dentro de las actuales circunstancias. La sociedad bien comida y prostituida ha rebalsado todas las proporciones. No le interesan los hombres sino en la humillante condición de lacayos. Y las mujeres deben ofrendar su carne para subsistir. Creen engañar y son víctimas de su engaño. Inútiles los lamentos si no se comprende la realidad. Los ilusos y los que nada aprendieron a pesar de las miserables condiciones en que se desarrollan, tendrán que lamentar amargamente su derrota. ¡Es preciso rebelarse!

***

Estamos en 1933 y la vida no nos ofrece sino miseria y privaciones. Nosotros, pequeños burgueses estúpidos, somos el instrumento y la reserva con que cuenta el capitalismo para la guerra y la prostitución. Nosotros, pequeños burgueses, lejos de odiar a los que nos insultan y nos ultrajan diariamente, los aceptamos complacidos, imitamos sus vicios y creemos que existe una moral absoluta (impuesta por los poderosos con el objeto de dominar a las otras clases) a la cual regalamos nuestras vidas piadosamente ridículas.

Los tiempos del liberalismo con su cortejo de frases sonoras y huecas no tienen absolutamente expresión. Nuestros abuelos hablaron de una libertad que jamás fue efectiva, del trabajo honrado que jamás fue honrado cuando se quiso acumular fortuna; de una justicia divina que nunca se acordó de los que sufren en esta tierra. Nuestros abuelos eran abstractos y paradojales; confusos y llenos de tinieblas. El triunfo consistía para ellos en hacer dinero. Pero para hacer dinero había que hablar de honradez, de trabajo y de justicia. En el instante dado se echaban todos los principios morales por la borda. Los únicos que no pudieron libertarse de la moral, fueron los pequeñoburgueses. Hoy día, quien crea en la honradez, tiene abiertas de par en par las puertas de la miseria. Quien crea en la justicia es un bobo; existe justicia de clase. Quien se ilusione con la cándida libertad y la tímida democracia, no solamente es un retardado sino un perfecto ingenuo. Los acontecimientos nos están probando a gritos que todos los valores morales e intelectuales de la sociedad actual están en quiebra. Otra vida, otra justicia, otra libertad, surgen dolorosamente de la propia miseria del mundo, y concluirán por imponerse a costa de ríos de sangre y de sacrificios enormes. Hay que estar con la vieja sociedad capitalista envilecido y postrado a sus plantas, o insurgir al lado del proletariado que sufre y padece, pero que vencerá inexorablemente.

***

Por el hecho de haber escrito María Luisa Carnelli una obra profundamente realista y humana, se coloca a la vanguardia de los escritores que tienen el coraje y la valentía de describir su medio ambiente, que aquí como en todas partes, tiene sus vicios terribles y sus pecados, resultantes del sistema que gravita sobre él.

La obra es nerviosa, espectacular, conmovedora. Juzgo que ninguna otra novela argentina en estos últimos tiempos la aventaja en intensidad. El estilo es interesante y lleno de sorpresas. Hay escenas que le recuerdan a uno la vida multiforme y torturada que John Dos Passos nos describe en Manhattan Transfer. Los personajes son evidentes. Existen. Ya no es posible escribir novelas imaginarias. Hoy día la vida es una historia novelesca de amargura y de dolor. Se diría que la escritora, desde su puesto en la contienda por el pan, ha participado en todas las luchas miserables y diarias, escribiendo estas páginas todavía con la emoción de los instantes vividos, los ojos llorosos y desesperanzados. Hay poesía y dolor en la obra. Hay un dolor profundo y un grito que surge impetuoso y ardiente de la entraña vigorosa. A instantes los puños crujen de indignación y el corazón se ensancha. Es preciso unirse. Luchar unidos todos porque el dolor del mundo desaparezca, porque la vieja sociedad sea enterrada definitivamente.

María Luisa Carnelli nos describe la vida de esas burguesitas educadas románticamente en los colegios de monjas, su despertar, sus inquietudes sexuales, la vida de hogar, descolorida y chata, y por último, el matrimonio que no resuelve nada, ni siquiera su curiosidad sexual. Arturo Garfield Hays en sus estudios sobre sexología tiene mucha razón al decir:

La mayor parte de los racionalistas concederán que, aun siendo satisfactorias las relaciones sexuales, no siempre da buen resultado el matrimonio. Cuando aquellas no lo son, su fracaso es completo. Pero lo cierto es que ningún matrimonio es feliz cuando los cónyuges han dejado degustarse. Inútil es tratar de arreglar la situación echando mano de la Iglesia o de la ley. Esos recursos no valen nada ante la estética.

Y en otro lugar el mismo autor añade: “Con muchas personas son imposibles por falta de emoción las relaciones sexuales”.

María Luisa Carnelli habla por boca de una de sus protagonistas con acento conmovedor: “Fui novia casi sin saberlo. Un año de noviazgo que lo dijo todo: ansiedad, ternura, deseo y luego desilusión y descontento. Sin embargo me casé. Por temor a la severidad de mi padre en primer término, y luego por un recóndito anhelo de libertad que me bullía en el alma. No odio a mi marido. No debe ser. Malbarató mi vida. Pero fuimos todos juguetes de idéntica fatalidad. Él, yo, todos nosotros, todos los que vivimos naufragando en un mar sin puertos”.

***

La emoción de la obra se agranda a medida que el lector va adentrándose en ella. La crisis es mundial. Todas las burguesitas que realizaron “su negocio” sufren hambre y privaciones. Pero no solamente hambre. El matrimonio burgués está liquidado, y en la vieja paz hogareña de otro tiempo, el amor, el pobre amor sin alas y sin gozo se retuerce de hastío, crucificado y sin alma. Sin embargo en ninguna época como la actual, sórdida, mercantilizada y brutal, hay tanto deseo de amar. ¿Pero amar a quién? Garfield nos dice: “La naturaleza responde al deseo pero es sordomuda a las razones”.

Los personajes de la obra de María Luisa Carnelli son sentimentales y torturados por los mismos prepucios que al nacer les ataron al cuello sus padres en nombre de una sociedad que se encuentra enloquecida y neurótica. Ese sentimentalismo les nubla los ojos y no pueden ver la vida que canta y que lucha; que es amor, poesía y ritmo constante. Pero el mismo dolor emancipará a los que quieren vencer. Los inadaptados, es decir los sentimentales enfermizos sucumbirán en medio de un mar de lágrimas. La vida es fuerza, amor, voluptuosidad y encanto. El escritor Davison Fiché, refiriéndose al estado actual de los amantes, escribe:

Un nuevo tipo de matrimonio, di podía atraer al poeta. El matrimonio, en lo pasado, fue con demasiada frecuencia un simple estado económico, tras de cuyas puertas impenetrables un placer amargo daba automático, por resultado, una amarga preñez. El elemento de juego sexual —toda la luz, la alegría toda— quedaba reservado para los solteros; al terminar el noviazgo, empezaba la salvaje lucha conyugal... No es probable que la humanidad se aventure a pasar en lo futuro ese pons asinorum... y anormalmente extraordinario sería aquel que se atreviese a predecir que no ha de llegar el día en que el matrimonio normal se convierta en una cosa hermosa y cuerda cuando el hombre y la mujer emancipados de los prejuicios se conviertan en compañeros y amantes a la vez.

*Quiero Trabajo es una obra intensamente bella. Es lo mejor que podía haber hecho María Luisa Carnelli. Emoción, sensibilidad, trama nerviosa, todo está descrito con maestría. Es no solamente un libro: es un documento.*

No precisamos de literatos cursis que nos hablen de cosas que no existen o que su imaginación pobre y sin brillo cree magníficas. ¿Leer un libro de escritor nacional? De ninguna manera. Tengo siempre cierta ironía pronta cuando me envían un libro con una

brillante dedicatoria. ¿Qué puede enseñarnos a nosotros, esa gente que ni siquiera ha estudiado y ha vivido?

¿Leer libros de esos literatuelos intrascendentes como Gálvez, que publican series de novelones para mantener el embrutecimiento de los honestos horteras? No. Prefiero los manuscritos de los marineros que han rodado mundo y han dejado en cada puerto retazos de su vida novelesca. Prefiero las obras de esos aventureros a quienes el azar de la vida, como a Jack London a Panait Istrati (en sus buenos tiempos) o Gorki, los azotó de hambre y de dolor. Libros que hablen o vidas que hablen. Que tengan toda la terneza y la amargura de las confidencias. Esos libros y esas vidas están destinados a ser admirados. Esos libros sugieren algo. Serán leídos eternamente. La América colonial produce una literatura colonial. No me interesa. Los nuevos, los que surgen en la montaña y en la pampa, con sed de justicia y con la pluma de fuego, son los únicos llamados a perdurar. Los literatos profesionales tocan a funeral. Nadie los lee ni los comenta a no ser en los confesionarios y en las ligas patrióticas. La burguesía y el desdén, hace tiempo que descubren el rostro. Están de más y tendrán que ser enterrados junto con la vieja sociedad que se muere de cansancio y de estupidez. Quiero Trabajo es una obra de éxito, aquí y en todas partes, porque es sincera y valiente.

***

Finalmente unas líneas sobre la autora. María Luisa tiene los ojos enormes, verdes, de un verde triste y lloroso. Cuando habla, María Luisa tiene una voz dulce, nerviosa, ágil y persuasiva. Es inteligente e irónica; y porque es inteligente y comprende la vida, sabe ser valiente y audaz. La inteligencia es poca cosa cuando no se tiene un fin desinteresado, una trayectoria, una ideología; cuando se la aprovecha en beneficio personal. María Luisa es una mujer generosa, excelente como amiga y como escritora. Sus poemas tienen un valor. Su charla es más interesante y menos erudita y

menos complicada que la de Gabriela Mistral a quien conocí cuando tenía veinte años. Y es interesante porque no es literaria ni cree en los espíritus ni en la teosofía ni en la Liga de las Naciones. Sin embargo es escritora de calidad. Todos sus escritos y su misma vida están realzados de amor e inquietud. Fue siempre una mujer sincera aún en sus íntimas manifestaciones. Lo dio todo y quiere dar su vida íntegra por la emancipación de la mujer, igual que Mary Wollstonecraft, Oliva Schreiner, Lilli Braun, Isadora Humean, Delmira Agustini, la Vaz Ferreira, Kyratina Kamusagay, Blanca Luz Brum, Nise da Silveira, Tarcilla D'Amaral y tantas otras que comprendieron el papel de la mujer en la vida, frente al mundo y a los problemas sociales de su época. María Luisa tiene pasado. He aquí su obra.

¡Infelices los hombres y mujeres que no tengan pasado!

*Tristan Maroff, septiembre de 1933.*

# Primera parte

...el hombre se equivoca mientras aspira, pero él sabe también que no sería posible ninguna aspiración si no hubiese error. Pues el que sigue su camino tras infalibles instintos no necesita buscar primero el verdadero camino.

**Jorge F. Nicolai, Biología de la guerra.**

El postigo ha sido doblado en dos, y por el espacio abierto, la luz de un foco de alumbrado cruza los vidrios y la cortina de tul se estampa, en oblicuo recuadro, sobre la lisa superficie de la pared, al costado del lecho.

En este lecho de nogal antiguo, profuso de decorados, blanco y pulcro en su lencería, muelle su almohada y su colchón, un cuerpecito de niña descansa la fatiga y la angustia de un cruento castigo.

La pieza está casi a oscuras, sólo el pedazo de luz que llega de la calle despide ese tenue halo de claridad que desprendiéndose de la pared, se desparrama tímidamente por el cúbico espacio de la habitación.

Desde el comedor llegan voces y sonido de loza y cristales.

**–alcanzame el pan –no hay que sorber la sopa.**

Sólo el padre habla en alta voz, los demás apenas en sordo murmullo; hay que prestar mucha atención para atrapar las frases, pero la criatura, desde el hoyo de la cama presta toda la suya. A intervalos un hondo suspiro y un estremecimiento la sacuden. Ha llorado mucho y en los suspiros va desanudándose la opresión. Tiene las manos quietecitas sobre las colchas para evitar el roce. Le duelen tanto que hasta parece que le quemara el dolor.

El tumulto de la calle entra al cuarto en bocanadas prepotentes.

La Linterna, El Diario, La Época...

La última noticia de hoy...

Diariooo.

Hay un movimiento de sillas en el comedor.

Ahora unos pasos que son los del padre y el resplandor de una luz que avanza anticipándose. El corazón de la criatura, bajo la carne frágil y las colchas tibias palpita trémulo. Cierra los ojos y finge dormir. Se encoje toda. Los párpados se entreabren, miedosos, cuando ya el resplandor amarillo y vibrante no cae sobre ellos.

Los pasos se han unido a otros pasos y se alejan. Tras ellos va el último oleaje de luz.

En la pieza contigua, padre y madre buscan reposo y acaso amor. La niña no piensa en eso ni tampoco sabe. Se remueve entre las colchas, estira el cuerpecito y sonríe, segura de que por esa noche el castigo cesó.

Mentalmente piensa en nombres que terminan con a y reanuda una disensión fraterna, siempre comenzada y nunca concluida. Luego canta despacito, con voz que ella sólo percibe, una cancioncilla escolar, y en último término recuerda la travesura del día, la que

provocara el castigo y el rigor. Pero no tiene malicia y el recuerdo es limpio como la acción: en medio de la calle, recogida la pollerita, ensaya, con chicuelo de sus años, el acto instintivo e inocente del amor.

***

–Vos crees que no hay infierno y por eso cometés tantos pecados, pero cuando te mueras vas a ver todo lo que tendrás que sufrir, te quemarán viva, te desollarán y aunque llores no te escucharán, aunque grites no te atenderán, aunque supliques no te perdonarán.

–No hay infierno, y si hay a mí qué me importa. Yo no cometo pecados.

–Sí, y a cada momento. Mentís, jurás en vano, sos pendenciera, desobediente, y…

–Eso no cuenta. Yo no voy al infierno. Al infierno irás vos. Irás vos porque además sos una alcahueta y eso también es pecado.

–Eso serás vos, eso serás vos, y ya que me acusás se lo cuento a mamá.

–Y, contale, total ¿qué le vas a contar?

–Todo le voy a contar, que robaste en la iglesia también. Que vas

con Teresita a la doctrina y lo único que hacés es robar. ¿Crees que no sé? Vas hasta el altar chico y en vez de poner monedas en la bandeja las sacás.

–Mentira.

–Sí, es cierto, yo te vi, es cierto. Mamá, mamá…

De rodillas, cara a la pared, en un ángulo oscuro del cuarto. Las manos anudadas a la espalda, anudados también los pies.

Por las rendijas de la puerta se cuela un vientecillo invernal. Las manecitas cárdenas de frío, las rodillas endurecidas sobre las baldosas.

Afuera en el patio, el griterío de los hermanos jugando a la mancha.

–Mamá, perdóname, perdóname mamá…

–Silencio, cállese usted, yo no quiero hijas que roban. Esperará en ese rincón hasta que llegue su padre y arreglará cuentas con él. Ahora cállese y pídale perdón a Dios.

La algarabía del patio se cuela con el viento por las rendijas.

El llanto en lagrimeo ardiente resbala por el rostro y cae en gotas continuas sobre el delantal.

Una congoja inmensa desciende sobre la criatura y la traspasa y abate. Pero de pronto, un arranque súbito de rebelión le seca las lágrimas y la enardece:

–¡Qué me importa a mí! No hay Dios, es mentira, no hay Dios y virgen tampoco hay, y tampoco hay ángeles y todo eso es una mentira y una patraña, y tampoco hay infierno y yo me voy a portar siempre mal, siempre mal.

Desde afuera llegan más agudos la alegría y los gritos. Llega también, pesado y ambiguo, un olor confuso de frituras, de humo y de óxido de carbón.

La madre cose en la Singer dale que dale. El ruido del pedal, monótono, amodorrante, acompaña su romántica canción.

Cuando den las ocho, tres horas faltan, alguien tomará a la pequeña en sus brazos, soltará las ligaduras y la extenderá sobre el lecho, suavemente, con indulgente solicitud, pero ya el sueño, más piadoso, habrá caído sobre su aburrimiento, sobre su desconsuelo y su soledad, como el ala de un pájaro sobre el estremecimiento del pichón cándido.

***

Mi maestra es la señorita más agradable del mundo. Tengo adoración por ella, no hay ninguna mejor, ni la de tercero, ni la señorita Matilde, que dicen que es tan buena, y a quien yo no sé por qué, le hallo cara de mosquita muerta. Esa a mí no me gusta, mi maestra no tiene ese airecito tan dulce, ni esa voz apagada, ni esa indulgencia que tanto cautiva a mi compañera Sarita, pero es mejor que ella, no hay duda. Ya sé que las otras son más lindas, pero sin embargo, hoy trajo un vestido azul y un sombrero de plumas que le quedaba tan bonito.

Los muchachos dicen que a mí me tiene coronita y que por eso la quiero, pero yo no veo dónde está esa coronita. Ella es buena conmigo y nada más, por otra parte, si alguna vez me hace corregir cuadernos y tomar clase es porque está muy atareada y no se da tregua, alguien la tiene que ayudar, si no soy yo, cualquier otro.

¡Bah! si la oyeran a mi hermana mayor entonces, ella dice que la señorita, mandándome al frente de la clase para cuidar a los otros, lo hace con especulación, así se libra del desorden que haría la más revoltosa. Pero yo tampoco creo en eso, mi maestra lo hace así porque es muy buena, pero muy buena. A fin de año le voy a hacer un hermoso regalo, ya tengo en la alcancía un peso cuarenta y cinco, ahora no se lo hago porque todos dirían que la agasajo para que me prefiera. Pero a fin de año es otra cosa, yo ya saldré de este colegio para la complementaria y nadie creerá que quiero comprar su simpatía. Le voy a regalar un abanico lindísimo, todo de encaje, y en las vacaciones la iré a visitar a su casa. ¡Ay, si me dijera que me quedase a vivir allí, me gustaría tanto! si vamos al caso ella es más buena que mamá, nunca me pega, y ayer todavía, cuando estábamos en el recreo, me sonrió dulcemente y me dijo: –¿Has hecho tú solita la composición, Susana? –Sí señorita, yo sola. Entonces me tomó la cara entre sus manos, me acarició el rostro y me tuvo un ratito a su lado, rodeándome el cuello con su brazo. La quise yo tanto en ese instante que hubiera llorado en su regazo largamente. Para que no viera mis lágrimas, que ya querían salírseme a los ojos, me aparté corriendo y me fui al patio donde jugaban mis compañeras.

Sarita que es siempre la misma envidiosa empezó a gritarme: Coronita, coronita... pero yo no le pegué por eso ni la miré tampoco, me fui a la glorieta de las glicinas y me quedé quietecita hasta que sonó la campana. Había un perfume tan lindo allí y un sol tan tibiecito...

***

A Celia, la que se sienta en el quinto banco de la tercera fila no la puedo ni ver.

A veces, cuando estoy junto a ella, siento que la sangre se me sube a la cara y tengo que contenerme para no pegarle, tirarle del pelo, de todo lo que no hay. Es la más coqueta del grado. Se pone polvos. Además, cuando pasa delante de uno mueve la cabeza para todos lados, cosa de que se le luzcan los rulos. Ya sé que es más linda que yo, mucho más linda, pero es una burra, y yo soy la mejor de la clase, con todo que ella es mayor.

Esta mañana le tuve rabia, más que nunca. Estábamos en la hora de aritmética, y mientras la señorita escribía en el pizarrón, le alcanzó a Antoñito Reyes, que se sienta adelante, un ramito de diosma, y ella siempre está diciendo que el significado de la diosma es amor constante. Se lo quiere afilar. Antoñito se sonrió y puso el ramo dentro de un libro. Yo lo vi todo en un momento que me volvía para mirarlo a él, porque yo sí que lo quiero, es muy bueno y sabe bastante, saca casi todos tres; además tiene una cara de estampa, es lindo, el pelo rubio y los ojos azules. Me mira siempre y se sonríe. Un día, nunca me olvidaré, puso su mano sobre la mía, lo hizo sin querer, ya lo sé, pero yo sentí algo tan dulce, tan dulce, casi ni lo puedo explicar.

Sentí el calor de su mano sobre mi mano, durante horas largas, y una ansiedad dentro del pecho; eso, eso, una dulzura y una ansiedad...

"Celia es una odiosa y una burra". Cuando salga la maestra lo escribiré en el pizarrón, y luego en la puerta de calle y en todas las paredes para que se sepa.

***

Roberto ha sido el culpable de todo, pero me echaron la culpa a mí. Él fue quien le gritó al verdulero, ese italiano que lleva pendientes en las orejas: maricón, mariquita... Pero siempre pasa así, la culpa de todo la tengo yo.

Mamá, cuando el gringo vino a quejarse, se enojó conmigo y llamándome capitana de banda dejó caer su mano sobre mi cara muchas veces. Yo no quiero injusticias, por eso me fui de casa.

Llevo caminadas más cuadras... Me quiero colocar en alguna casa donde tengan chicos. Yo los cuidaré. Total, gran trabajo. Los llevo a la plaza como hace Tiznita, la sirvienta del abogado y jugamos allí todos. Pero a mí no me van a pegar los patrones como a ella, porque yo no soy negra. A los negros se les puede pegar porque los mandan del Chaco y de la Tierra del Fuego para que sirvan a la fuerza. Me lo contó la misma Tiznita un día que le habían marcado las piernas con un látigo. Yo le dije que se quejara al vigilante y me contestó que para qué, que a los negros no les hacen caso. Si será zonza. Si la llego a ver marcada otra vez, la acompaño yo a la comisaría. Y si es cierto que no la defienden, que se escape, que se

venga a colocar conmigo, o a otra parte si quiere, pero a un sitio donde le paguen, así se puede comprar muchas cosas. Yo me voy a comprar de todo, un anillo de oro más lindo que el de Sara, zapatos nuevos, patines, y dos libros: Sandokan y El Corsario Negro, que Osvaldo nunca me lo quiere prestar.

Ahora como no tengo más que cinco me compro tortitas negras, para que me pase el hambre, pero después, en la confitería de La Estrella, donde van todos los ricos, compraré masitas con dulce, helados de crema, chocolate. Toda la plata me la voy a gastar en lo que me guste.

***

Esta señora quiere que vuelva a casa por ropa y a buscar a mi mamá para que hable con ella. Está loca. Por lo pronto, eso que hizo hoy no está nada bien. Me dio un empujón que casi me tira al suelo. Parecía más buena a la mañana cuando llegué. Primero que nada me preguntó: –¿Qué sabes hacer? –De todo –le dije, sin pensarlo mucho, porque en verdad sólo sé barrer, sacudir y avivar el fuego. Lavar platos, planchar, cocinar, nada de eso sé, en casa lo hacen mi hermana mayor y una sirvienta vieja que tenemos.

Después me preguntó: –¿Cuántos años tienes? –Once. –¿Cómo te llamas? –María Gómez –dije mintiendo, ya sabía yo que me lo iba a preguntar. –¿Y tu mamá, por qué no vino contigo?

–Y... estaba un poco indispuesta...

–Bueno, bueno, vamos a ver cómo te portas.

Enseguida, viéndome esta raspadura de la rodilla que me hice al escaparme por la ventana, me la vendó cuidadosamente con un pañuelo.

No era mala al principio. Lavé con entusiasmo el zaguán, lo mejor que pude, los vidrios de una puerta, y sacudí el polvo de los muebles. A mediodía, ya pasada la una, comí en la cocina, sentada en un cajoncito, los restos de un puchero desabrido.

Había un solo chico en la casa, apenas de meses, y después de secar los platos me mandaron a la calle para que lo pasease, pero no en los brazos, sino en una sillita baja, con ruedas, transformada en cochecito.

Fui y volví diez, veinte, cincuenta veces, de un extremo al otro de la vereda. Me distrajo al principio el barrio, los chicos que entraban y salían del almacén con botellas y paquetes bajo los brazos, dos perros que se enlazaban y mordían como peleando, en el medio de la calle; pero, el arrastrar el carrito por la vereda, yendo y viniendo, acabó por aburrirme. Al fin hallé el motivo de distracción que precisaba. La sillita, por la parte de atrás, tenía un palo redondeado que la cruzaba, de una rueda a la otra. Se me ocurrió una idea desafortunada: impulsarla con fuerza hacia adelante, y al comenzar ésta a correr, subirme sobre el travesaño para gozar yo también del paseo. Pero ese placer duró poco, a la cuarta o quinta vuelta la madera cedió, rompiéndose en dos pedazos. Ni que la hubiera llamado, en ese mismo momento apareció la señora en la puerta.

–¿Qué has hecho? –me dijo–. Rompiste el coche.

Tenía tal cara de enojo que le mentí. –No, no señora, se rompió solo...

Pero como si fuera un gran desastre empezó a gritar: –¡Embustera! – Y me empujó violentamente. De milagro no di contra el suelo.

Yo no sé, pero todo el mundo tiene malos modales.

¿Estará muy asustada mamá? ¿Me pegarán mucho cuando vuelva?

***

Los paraísos, alineados al borde de la vereda, proyectan manchas compactas sobre el muro, los balcones y la puerta de calle, abierta y tenebrosa como la oscura boca de un pozo. La luz vidriosa de la luna de abril ha intentado romper vanamente la negra cortina del ramaje, pero quedó balanceándose vencida, sobre el murmullo de las móviles hojas.

Hay una inquietud de espera dentro de la casa, y un silencio vacilante y hosco.

El padre lee el diario, sobre las rodillas el látigo de siete lonjas.

El reloj de esfera da sonoramente la hora, y el din dan melódico cae horadando el corazón de la madre, con eco lúgubre y martillante.

Los hermanos pequeños se esconden, encogidos, bajo las sábanas. Los mayores hacen deberes o caminan sigilosos, afanados en tarea imaginaria, temiendo desatar bruscamente la ira paterna.

## susana no vuelve.

Silba el viento y lo dice.

Canta el silencio y lo dice.

Baja el rocío de la noche y lo dice.

Susana no vuelve. Susana no vuelve. Susana no vuelve.

Pero desde hace rato la niña ronda el hogar. Sólo que el miedo la acerca y la rechaza. Cruza de una esquina a la otra, desaparece por instantes y avanza al fin pegada a las paredes, por la calle desierta.

Entra al zaguán y amparándose en la sombra se acurruca como un bulto, haciéndose lo más pequeñita tras de la puerta.

Sale un hermano y torna, vuelve a salir y a tornar. Probablemente anda en su busca. La niña no puede más y suspira: Osvaldo, Osvaldo, ¿vino papá? Las piernecitas le tiemblan y también los

labios, pero el hermano no ve ni tampoco comprende.

–Sí, ha venido y te va a moler a golpes, vagabunda. ¡Entrá! –Y mientras dice la arrastra violentamente hacia adentro. La figura del padre se recorta junto a la cancel.

Un terror sin límites invade el alma de la criatura y la traspasa, logra desasirse y huye frenéticamente, transida de espanto. Tras ella, corriendo siempre el hermano:

–Vení, vení, te llama papá.

***

Pero a la criatura, la desesperación le aligera las piernas. Cuando el silbido de la ronda, más que su misma presencia, le denuncia el vigilante de parada, su instinto infantil, certeramente, la empuja hacia la salvación.

Con los brazos tendidos y las manos juntas, implorantes, busca su amparo.

–¡Lléveme presa, señor, lléveme presa, pero a mi casa no, por favor, a mi casa no!

Es necesaria toda la autoridad y toda la persuasión para que la criatura, asida de sus manos, consienta en regresar con él.

Y esa noche no llega el castigo. Pero días después las rejas de un colegio de monjas se abren y aprisionan, cerrándose, lo sensitivo, lo inocente y lo vivaz.

***

Quien quiso cubrir con velo pudoroso la simple verdad, ése abrió los caminos tortuosos.

La vida, vibrante y cadenciosa, remueve sin tregua la entraña virgen.

Hay una criatura que despierta a la vida.

¿Quién veló nunca su despertar?

Hoy tengo treinta años y un cuerpo castigado.

Aquel fue mi advenimiento.

Quiero hablar con mis semejantes y conmigo misma, quiero colocar mi espíritu frente a mí y recordar con justeza los detalles, triviales o trascendentales, de esta vida transcurada y brutal.

Me llamo Susana Miller.

He apuntado algunos de mis más lejanos recuerdos. El primero de los cinco años de edad, los otros, de los siete a los once. En el intervalo de uno a otro hay sucesos diversos, todos grabados en mi memoria, fundidos en mi cerebro y fijos allí, como las letras en el plomo de la linotipo. Pero los paso por alto. He querido partir desde el comienzo, desde el primer aguijoneo sexual.

Repito que me llamo Susana Miller, que tengo treinta años y que desde hoy vuelvo sobre mis pasos a través del recuerdo:

Siempre me he puesto a meditar sobre mi destino, la época de enclaustramiento surge ante mí, como surge también invariablemente, la tristeza de los castigos iniciales.

Creo menos en la perversidad que en la inconsciencia, y este pensamiento se me refuerza con una reflexión natural: Si el amor de mis padres, del cual, a lo largo de los años he tenido pruebas fehacientes, se manifestó durante mi mortificada niñez en correcciones violentas, si este manojo sensible de carne y nervios que fue mi cuerpo de niña, sufrió de ellos la intolerancia y el rigor, ¿qué comprensión pude nunca esperar de mis madres a sueldo?

En el colegio de hermanas, durante cinco años de pupilaje, aprendí y adquirí muchas cosas: buena educación, buenos modales, conocimientos generales de enseñanza, cierto respeto voluntario hacia los mayores, y forzado hacia los superiores, y alguna procaz libertad en los actos y pensamientos, cuando el silencio de la noche se hacía cómplice en la dulce intimidad de los dormitorios.

Lo que no pude aprender nunca, a pesar de la sugestión y del ejemplo, fue a ser hipócrita y creyente.

No alcanzo a percibir, a través de los años, la verdadera calidad de aquellas almas sin luz. Pienso que a veces, en verdad, cuando un dolor físico, venciéndonos, las acercaba a nuestro lecho, la ternura maternal y la sincera piedad, ponía en los ojos de alguna un brillo magnífico y humano. Pero recuerdo también otros ojos, transfigurados en la gracia, podándose eternamente fríos, secos y marchitos sobre los nuestros.

Ahora comprendo exactamente, que mi aguda sensibilidad infantil, y hasta la exigüidad de mi constitución física exigían más afectiva atención hacia mí que hacia mis condiscípulas, más gazmoñas pero menos sensibles. Sin embargo, no supieron juzgarlo así, y a la travesura culpáronla de picardía, a la veracidad, de desenfado y a la falta de fe, de perversidad, fallas todas tan graves a su criterio, que sólo por consideración a mi madre, siempre llorosa y quejosa de mí, no causaron mi alejamiento del colegio, donde sólo era ejemplo de rebeldía y de escándalo.

La palabra pecado, vacía y sin sentido para mí, volvía a agujerear, con persistencia tenaz, mis oídos adolescentes. Todo era pecado. Desde la palabra maliciosa hasta la intención más limpia. Todo era ofensa al Dios, profanación y mea culpa.

Tenía once años cuando entré al colegio de hermanas, y no había tomado aún mi primera comunión, gran sacrilegio para las monjas que veían en el ateísmo de mi padre –él se negó a autorizar lo que llamaba “pamplinas”– la explicación de mi conducta descarriada. Había que salvar a toda costa mi alma de las garras del diablo, había que colocarme prestamente bajo el ala protectora de la virgen María.

Y comenzó mi entrenamiento religioso, largos ayunos y fatigantes rezos, matinales, vespertinos, nocturnos, y de cuya monotonía me zafaba en la misa, gracias al murmullo incoherente que hacía brotar de mis labios, mientras mi imaginación se solazaba, y mis ojos, en el brillo deslumbrante de los cálices, de los candelabros y de las decoraciones auríferas de los altares y el techo.

Pero en el fondo mi corazón de niña era tierno y angélico. Los ejemplos de límpida virtud que edificaran la vida da los santos, y de los que se me daba diaria enseñanza, alzaban mi espíritu hacia lo alto, donde a través de parábolas, de rezos y de sistemática doctrina, empecé a distinguir la bienaventurada morada de Dios.

Me confesé, y por primera vez no mentí al confesarme.

El día ocho de diciembre fue el elegido para que tomase mi primera comunión. En los que precedieron a esa fecha, viví en una especie de deslumbramiento. Todo enardecía y sustentaba mi corazón. Mi vestidito blanco, largo y humilde, se me antojaba el más hermoso. Era feliz, me sentía la más buena de las criaturas, y para mayor contentamiento las hermanas ponían entonces más dulzura en sus gestos y en sus palabras.

La víspera del gran día, de seis a siete de la tarde nos llevaron al locutorio.

Era la hora indicada para el retiro. Debíamos quedarnos a solas con nuestras conciencias, orando, en acto de espera y contrición y vaciando el alma de impurezas para dar cabida a la sagrada hostia.

Entramos en fila y de puntillas. Me arrodillé frente al altar y comencé bajito mis oraciones, toda el alma predispuesta y en cándida ofrenda.

De los altos vitraux llegaba hasta el refectorio la luz apaciguada del atardecer.

El brillo postrero del sol amortiguaba el tímido resplandor de los cirios.

Ave María purísima...

Ave María purísima...

Pero el rezo moría en mis labios a medida que el corazón se me transía de amor.

Me subió de la entraña una ternura inmensa. Las manecitas juntas, quedé extática y muda mirando a la virgen, que desde su nicho suntuoso, los ojos bajos y la boca dulce me sonreía. Y vino el recuerdo de mi madre, vino el recuerdo de todos los míos y perdoné a mi padre su fría dureza y a mi madre su aridez de caricias para envolverlos a todos, estrechamente, en una adoración fervorosa.

La luz de las velas se hacía más intensa y más clara a medida que el locutorio se oscurecía, cercado por la sombra nocturna.

El rostro celeste, bajo la aureola ardiente y vívida resplandecía, y mis ojos de niña clavábanse en él, con amoroso arrobamiento. En ondas de dicha mi llanto quería volcarse en manantial. ¡Oh, llorar, llorar mucho en el regazo de esa virgen, como en el pecho de aquella maestra a quien tanto quise! Pero el llanto no subía a mis ojos, quedábase en la garganta y el pecho en una oprimida felicidad.

Las manecitas juntas, en estado de éxtasis, me quedé de rodillas ¿cuánto tiempo? abejeaban las niñas junto a mí, concluidos sus rezos, pero mi ser sensible, desasido de la tierra, poseído de mística embriaguez, sólo percibía el halo luminoso que circuía el pálido rostro de la virgen.

***

Mi sueño esa noche fue dulce y cándido. Alegre y trémulo el despertar.

Todas vestidas de blanco, ceñida de tules y flores la frente, nos preparamos a recibir la blanca hostia. Sabíamos de memoria la lección: abierta la boca, debíamos esperar a que sola se disolviera en nuestra lengua. El espíritu santo se transfundiría así en nuestra sangre y en nuestro cuerpo.

Sea porque la realidad visible –monjas nerviosas en el ajetreo del momento, apretujones y empellones groseros de las visitas– desmereciera de lo magnífico de mi sueño, o sea porque el “estado de gracia” habíame abandonado, el caso es que mordí la hostia saboreándola, engolosinada con el recuerdo de unas masitas de

confitería, revestidas de idéntica substancia.

Como si el acto cometido hubiera arrojado de mi alma todo vestigio de fe, hice alarde de lo sucedido con mis compañeras. Durante diez días fui condenada a permanecer con la boca abierta, media hora por día, repartida así: diez minutos antes del desayuno, diez minutos antes del almuerzo, y otros diez, durante las clases, colocada al frente del aula.

Acepté a la fuerza el castigo, pero me vengué de la humillación a la primera oportunidad. Una sonrisa irónica y general de mis compañeras, me llevó a sacarles la lengua todo lo que pude. Recibí un fuerte revés de la hermana Rosario, a quien guardé desde entonces una antipatía cordial, correspondida durante los años de encierro, por su rencor hipócrita y frígido.

Esto y ratos de alegría expansiva y ruidosa, que no todo es aflicción en el alma de un niño, fue, en síntesis mi adolescencia. Adolescencia removida por el imperativo sexual y acicateada a veces por malsana curiosidad, sinuoso laberinto este último, hacia el que mi instinto se doblegaba, más por el mal ejemplo que por natural y desviada inclinación.

***

Cuando recuperé la libertad, la reconvención de mi madre, como una ráfaga de invierno me azotó el rostro: –Tus cuatro hermanos no nos cuestan lo que tú. Recupera en el trabajo del hogar parte de nuestros gastos. A fin de mes despediremos la sirvienta, a tu cargo quedará la limpieza de la cocina y los patios.

No era el recibimiento anhelado, pero pensé disculpándola que su palabra era dura mas su corazón bueno. Si el amor de mi padre hubiera sido más tierno y solícito, tal vez ganáramos los hijos por reflejo. Ella no era bastante feliz. Había desinteligencia entre ambos y muchas veces fuimos testigos de agrias reyertas. Pero no eran de irremediable solución, la calma y la entrecortada felicidad conyugal, renacían por momentos.

Mi madre cantaba entonces alegremente, acompañando su costura, y mi padre nos consentía algunas bromas y sonrisas durante la comida.

Yo no era verdaderamente bonita, pero mis dieciséis años prestaban a mi rostro y a la esbeltez de mi cuerpo su encanto primaveral.

El amor, revolando en torno de mi juventud, acorraló mi inexperiencia.

Fui novia casi sin saberlo. Un año de noviazgo que lo dijo todo: ansiedad, ternura, deseo y luego desilusión y descontento. Sin embargo me casé. Por temor a la severidad de mi padre en primer término, y luego por un recóndito anhelo de libertad que me bullía en el alma.

No odio a mi marido. No debe ser.

Malbarató mi vida. Pero todos fuimos juguetes de idéntica fatalidad. Él, yo, todos nosotros, todos los que vivimos naufragando en un mar sin puertos.

# Segunda parte

Yo no quiero un hijo ¿para qué?

Mi vida no es una vida agradable y vulgar, no tengo dinero, comodidad, descanso, ni el más ínfimo motivo para ser feliz.

La realidad es para mí actualmente, amarga y trágica. Confieso que esto no me ha tomado de sorpresa y que lo presentí instintivamente, desde la primera noche, cuando en el lecho conyugal floreció mi inocencia.

Esto es así, desventuradamente. Él ha manchado mi pensamiento virgen para todo lo que ha de venir, lo ha manchado para siempre.

Y ahora ¿para qué este hijo?

¿Qué alegría me puede traer?

Mañana, mañana mismo, aunque tenga que empeñar lo último empeñable que me queda, mi anillo de matrimonio y mi saco de abrigo, iré a desbaratarle a la naturaleza su malévola combinación. Más de treinta pesos no me ha de cobrar la partera. Dicen que el aborto es acto criminal y arriesgado. Lo primero no me preocupa, peor es dar vida a un hijo en este estado, de desmoralización y de abandono. En cuanto a lo segundo esperemos que no sea tan peligroso, soy joven y sana, le diré a la mujer que tome ella sus precauciones.

No quiero hacer confidente de estas cosas a mi madre, se escandalizaría y el hijo vendría al mundo, fatalmente, a pesar de mi desilusión y mi angustia. Por lo demás, si yo hablara con mi madre ¡tendría que decirle tantas cosas! Que no amo a mi marido, que no lo podré querer ya nunca, y que a los diecisiete años he visto, mudable y bárbara, la faz de la vida.

¿Y todo eso para qué? no creo que mi palabra desesperada halle una directa resonancia en su pecho.  el aborto es acto condenado por la ley y por la iglesia.

Iré sola solita, con mis treinta pesos, animosa y tranquila hacia lo irremediable.

–La maternidad deforma el cuerpo de las mujeres y tú tienes un cuerpo magnífico, verdaderamente magnífico. Me alegra tu decisión. Antes la estética que la ética, vidita…

Sí. La luz roja del velador que agrandaba caprichosamente las sombras en la pared daba a mi piel una tonalidad extraña y ardiente. Bajo el cálido resplandor, la comba pura de mi vientre y mis senos se encendía de gracia, urgiendo su entusiasmo viril.

Quería intacta mi entraña para su goce y su caricia.

Íbamos siempre por caminos distintos.

Con las manos bajo la nuca, mirando el decorado del techo, no

escuché ya sus palabras, sola otra vez, entonces y siempre, hablé con mis lejanos recuerdos: cuando era niña tampoco supe conservar muñecas. Era lo inevitable. A pesar de mi empeño, de mi cuidadosa solicitud, un destino adverso las estrellaba contra el suelo.

Filosofando limpié de amargura mis pensamientos, ¿habría que aceptarlo todo así, adaptándose a la realidad, insensiblemente?

Los besos ávidos, prolongados y lentos hacían vibrar la tensa ramazón de mis nervios.

Cerré los ojos y puse en las blandas manos del olvido mi fracaso y mi desesperanza.

Total, la vida era así...

La luz del velador, la onda roja y ardiente envolvía nuestros cuerpos desnudos.

En la pared, deformadas y monstruosas, dos formas danzantes y lúbricas...

La fría claridad del amanecer, entrando por los vidrios de la claraboya, me cubrió el rostro como sepultándolo bajo una capa de ceniza.

Acuosa y amarga la saliva me subía a la boca. Laxas y vencidas se

extendían mis piernas a lo largo del lecho.

El hombre descansaba junto a mí, durmiendo su sueño sin desdicha.

Con gesto de instintiva repulsa me volví de espaldas, recogí las colchas del suelo y me cubrí toda.

Me avergonzaban los rastros cárdenos de su boca en mi cuerpo.

Soledad. Pesa en torno mío, grávida de angustia. Todos los ecos de la noche tienen para mi alma melancólica sugerencia. Nostálgica se oye la sirena de un barco viajero. Hay voces que pasan, papeles que ruedan en el viento, bocinas de automóviles que agitan en el aire una estridencia desacorde.

Ésta es la soledad y aquí estoy, el rostro pegado a los vidrios de mi ventana. He contado segundos, minutos, horas. Contaré la noche hasta el alba. Una inquietud absurda traba mis brazos y mis piernas. No puedo ir hasta la llave de la luz, no puedo ir hasta la cama tampoco. Tengo miedo. Miedo de los muebles que crujen misteriosamente, del viento que sacude las puertas y las plantas del patio, miedo de todos los ruidos que levanta la noche. Prefiero quedarme aquí, suspendida de una esperanza inútil, oyendo el campanilleo del reloj, el latido de mi corazón a su compás y el taconeo del transeúnte noctámbulo que golpea plac plac, la sonora dureza de las baldosas, tranquilizando mi ánimo por instantes.

Cuando sea el silencio absoluto y cese el eco de las voces y de los pasos, ¿con qué presencia solidaria podré llenar las horas?

El cielo del amanecer lucirá el mismo iris de las fichas del póker y un mismo rayo de sol caerá sobre mi lecho y el verde paño de la mesa de juego. Entonces yo quitaré resignadamente mis ropas, una a una, me ovillaré friolenta bajo las sábanas y extenderé mi brazo en ademán desolado e inútil sobre el hueco vacío de la almohada, los ojos insomnes y ardidos, negados al sueño.

Soledad, soledad, soledad.

Yo pude querer a un hombre, quizás para siempre.

No hubo escrúpulos, remordimientos, ni la más mínima perturbación psicológica.

Todo se produjo naturalmente, sin pasión y sin tragedia. Fui hacia los brazos de otro hombre buscando... no digo amor, no digo caricias, no digo sensualidad tampoco, ni dinero. Algo, quien sabe qué, humana piedad probablemente.

Así los paseos, las mentiras absurdas, los besos escondidos, las primeras citas.

Así también la sospecha y las agrias reyertas.

¿Y total para qué? Si esto es casi lo mismo, si todo es lo mismo, vacío de sentido, sin calor y sin eco.

Pero es la cadena que se trenza.

Tengo marido y amante y vivo en una miseria casi absoluta. Mi marido no tiene trabajo.

El otro ignora mi situación.

No hay nada más triste, sucio y amargo que la miseria.

Una tras otra se han ido al Monte de Piedad mis alhajas, la máquina de coser regalo de bodas de mi madre, mi ropa mejor y la vajilla. Ahora mi marido quiere vender los muebles.

Que venda, que lo venda todo. Ya sé que hasta vendería mi cuerpo, pero esto no, al menos por ahora. Tendrán que triturarme bastante aún. Pero siento que esto empieza.

Hoy he comido casi de milagro. Mi marido hace dos días que falta de casa.

La tarde estaba fría, lloviznosa y sin luz. Me quedé leyendo en la cama, hasta las tres.

Hubiera seguido hasta la noche, hasta siempre, pero el desaliño de la habitación, el polvo de los muebles, el desaseo del piso me

empujaron desesperadamente hacia la calle.

No tenía deseos de trabajar. Es que estoy rota, vencida, sin voluntad y sin fuerzas.

El cuarto de mi amigo tiene cierto confort. Además su voz es cordial y reconozco que me tiene algún afecto. Fui hasta su casa caminando, bajo la lluvia menuda como neblina.

Cuatro horas me estuve allí en estado de ausencia. Al salir, ya junto a la puerta de calle me dijo, mientras ceñíame en su abrazo final:

–¿Tienes suelto para el auto? Está lloviendo.

Dudé unos instantes, apenas si segundos, y contesté con calma:

–No, en verdad, no tengo suelto.

Vi, sin mirar, cómo el billete pasaba de su cartera a la mía, y sentí, lo confieso, un poco de alegría y de turbación.

No tomé coche, tomé tranvía, y con el dinero compré alimento y velas. Me habían cortado el crédito y la luz. Estaba ayunando y a oscuras.

***

Ha muerto mi madre. Cuarenta años, un poco de amor, trabajo, cinco hijos. Mis ojos ya están secos de lágrimas. Tengo su fría mano entre mis manos y me apena su vida más que su muerte misma.

Un fuerte olor de flores y el tumulto de las voces, los llantos y los rezos hacen turbia la luz y denso el aire, achicando la habitación que se reduce a una mínima y asfixiante dimensión de tumba.

Afuera, el sol del verano hace vibrar la atmósfera y el cielo tiene una marmórea serenidad celeste.

Mi padre, sentado a un costado del cuarto descansa la fatiga de su alma, mientras las palabras de duelo caen en torno suyo.

Yo me voy en el cauce de un pensamiento tierno a través de sus vidas. Un día, tal vez luminoso como éste, el amor los unió, beso y hombro.

Lo primero, lo mejor, juventud y sueño. Después viene lo que viene. Pero aquel lejano momento, fue. Lo pienso así mientras tengo entre mis manos las manos muertas, y siento que el mismo pensamiento va, en nube de nostalgia, desde los ojos fijos de mi padre hasta esos otros profundos y ciegos.

Quisiera transmitirle a todos conformidad, pero no puedo intentarlo siquiera. Estoy vacía de palabras. Dejad llorar, dejad llorar. ¡Madre!

¡Madre! ¡Mi madre!

***

Dos años de matrimonio me enseñaron algo. No desprecio, no odio, no reprocho nada a nadie. Me voy silenciosamente, movida por los hilos de un destino que ya ensaya conmigo su juego de marionetas. Más que irme me dejo llevar, un poco a la deriva, por esta corriente que empuja.

Confieso que volver a la casa paterna en este estado de bancarrota total no me seduce. Pero en otra forma, ¿hacia dónde encaminar los pasos? He aquí lo verdaderamente doloroso: no sé ganarme decorosamente la vida. Me acobarda la lucha, no se me ha preparado nunca para ello. Además creo que me falta carácter, no tengo decisión ni energía y esto explica fácilmente mi desánimo ante la primera contrariedad. Es que todo ha sobrevenido en forma demasiado brusca. Sin transiciones, sin medias tintas he saltado violentamente de la ceguera a la luz, pero ¡qué luz, caramba, qué lívida claridad!

Si por lo menos mi situación económica me permitiera cierto desahogo, yo procuraría rehacerme del desastre sentimental en alguna forma. Viajaría, tomaría el rumbo que más se acercase a mis sueños fantásticos y vaya a saberse cómo, pero creo que concluiría por encajarme más cabalmente dentro de la vida. Así no es lo mismo. No tengo un cobre y lo único que me sobran son lágrimas para llorar.

¡Qué dirán en casa cuando mi valija y mi rostro cansado anticipen la noticia! No sé si aceptarán mi decisión, pero, a pesar de ellos, si es preciso, a pesar de sus escrúpulos y sus prejuicios me aparto

definitivamente de mi marido. Es cosa resuelta. Pude tolerar la miseria, el desamor, la infelicidad, pude tolerar tantas cosas, todo menos sus golpes. Continuar a su lado equivaldría a aceptar tácitamente la humillación y eso sería ya relajamiento. No, no y no. Siento vergüenza, vergüenza por él, ahora, lo mismo que aquella tarde, cuando aún éramos novios, y sus manos buscaron brutalmente la virgen desnudez de mis senos.

***

–Quédate, quédate, ¿qué será de tu vida, qué será de vos? Aquí por lo menos comes y descansas.

–Descansas.

–Aquí por lo menos tomas lo que te corresponde. No sos una intrusa, no usurpas, no quitas nada a nadie. Nuestro pan es el tuyo, nuestro techo es tu techo.

–Así debiera ser, pero no es lo que se aparenta ni lo que se quisiera.

–¿Y qué importa? Reclama por derecho lo que te corresponde.

–Mira, hermanita, tu corazón es puro y yo a vos te quiero, te quiero tanto, que sólo reclamo para mí todo lo malo que el destino pudiera guardarte. Me voy también de aquí, siempre he vivido en casa como desencajada, desnivelando una superficie demasiado lisa. Ni mamá supo comprender. Ella ignoró siempre que sus castigos desataban

mi rencor y sus caricias mis lágrimas.

–Tal vez seas un poco orgullosa.

–No sé.

–Tal vez un poco raro tu carácter.

–No sé.

–Tal vez irreflexiva.

–No.

–Tal vez intolerante.

–Tampoco.

–¿Por qué te vas?

–Mirá, viejita, ¿te acuerdas de tu último examen de literatura? Cinco ejemplos de máximas; cinco de sentencias, cinco de refranes. La profesora, sequita de sesos, tachó una frase del Dante porque la

escribiste en italiano, papá te la había enseñado. Durante mucho tiempo, por el simple motivo del rechazo la repetíamos inconscientes, mañana, tarde y noche, como loritos: “Come sa di sale lo panealtrui”. ¡Ay! ¡cómo voy enfrentando la realidad, día a día!

–¿Adónde vas, entonces?

–No sé.

–En cualquier parte te sabrá amargo.

–Creo que no, pero queda siempre un recurso. Mi cuerpo es mío, comprar no es dar. Llevaré siempre esa ventaja.

***

Este baño tibio, esta gente que ahorra mis preocupaciones domésticas, este abrigo de pieles, estas medias de seda, estas camisas de fino encaje, esta mesa provista, este interior suntuoso, estos billetes nuevecitos que se renuevan siempre en mi cartera y este hombre que entra y que sale furtivamente; el rostro rubicundo. el cuerpo exhuberante, los ojos sagaces, todo en él abundancia y vitalidad.

***

Domingo.

Desolación y aburrimiento. Laxitud, tristeza, desdicha.

–¿Nena, vamos al dancing?

Ojos ausentes, arrastradas palabras:

–Sí, pero no muy temprano.

El perfume de Chanel, como un sonido, se expande en ondas agrandadas, circundantes. Hay una blandura sensual en las ropas y el abrigo de piel.

El auto rápido, bocineante, sobre la pista mojada del asfalto.

Jazz americana, típica porteña.

–¿Auprès la orquesta, mesié?

–No, vea che, lo más lejos posible. Un palco sobre la entrada, a la derecha. Yo me acomodo siempre en las derechas...

Caviar.

Langue de boeuf.

Pâté de foie gras.

Poularde.

Hors-d'oeuvre.

Assortis...

–A ver, nena, ¿qué te gusta?

Joven, tráigase Pommery, pero no muy frappé. Ando medio mal del estómago. Desde hace días tengo trabajosa la digestión. No sé qué me pasa. Es que fui a Mercedes el martes, y esa comida del tren, che, una porquería, no me ha caído nada bien. No hay que hacerle, yo tengo un estómago bien cuidado. A ver nena, ¿qué te servís? ¿Milanesa con ensalada de apios? Pero che, hacé el favor. A vos no se te pega nada, todavía no he conseguido que aprendas a comer. Hay que ser un poco más fina, hay que tener delicadeza.

A ver mozo, traele una presita de pollo a la señora, con papilas grillé. Bien a punto. Y esto que me has traído ¿qué es? ¿Perdices a la charretiera? Pero che, déjese de jo… amigo, yo no le he pedido eso. Gran put… para sacarle los pesos a uno sí que lo hacen bien. La

última vez que piso esto, palabra, la última vez que piso.

***

–No te enojes, hay que ser más comprensiva. Cómo podía detenerme ni saludarte siquiera. No es que deje de estimarte querida, pero reflexiona un poquito, iba de uniforme, tú no te das cuenta el respeto que esto exige, y además uno de mis acompañantes era el juez de instrucción, muy conceptuado, muy recto, un personaje.

–El juez ese se acuesta conmigo. Es decir, se acostaba, pero reveló gustos extravagantes y lo despedí de casa.

–No seas insidiosa. El mal humor te pone mordaz. No hay que ser así. Cálmate. Yo te quiero mucho, ya ves, prefiero quedarme aquí contigo y eso que ejem, ejem...

–¿Y eso qué?

–Que lo que sobran son mujercitas. Mirá, para que veas, aquí tengo dos cartas, una de la esposa del senador...

–Sí, ya sé, sos un hombre de suerte, me dicen que todas las mujeres andan locas por vos. También, no es para menos, con esos galones y esa botonadura. Imaginate, un general del ejército.

–Niña, eso no, tomaduras de pelo no. Coronel y basta, nada más que coronel.

–Bah, pero eso se te arregla pronto, en cuanto estalle una revolucioncita te ascienden a general. Al primer manotazo ya está. Un golpe de Estado te va a dar gloria... y acomodo.

–Sos atrevida, pero nada tonta, y linda, por eso te lo tolero. Ricura... vamos a querernos. Dame un beso y a la camita. ¡Uy!, pero que fría estás, parece mentira, y a tus años.

–Sí, tengo frío, pero es que hace falta abrigo en esta cama, a ver, echame tu capote; eso es, la chaquetilla a los pies ahora. Así, así, qué calorcito, qué bien se está...

Comerciante. Mentalidad de conejo. Avaricia.

He tomado en chacota, durante largas semanas a este buen hombre, bañado en pesos, que me hace la corte con asiduidad.

Me envía orquídeas, extrañas y delicadas, unidas en sus tallos por lazos de seda azul o verde.

Muy fino el regalo, pero viniendo de sus manos, grotesco. Quiere ser chic este traficante de vinos, quiere comportarse como un lord inglés, pero su tarjeta, con canto dorado, acompañando a las flores da la señal de alarma. Es como esas etiquetas que en los frascos de medicamentos especifican: ¡Cuidado! ¡Veneno! Para uso puramente

externo.

Es la quintaesencia de la estupidez este hombre. ¿Cómo pudo hacer su fortuna? Porque éste sí que no la ha heredado. Se esponja todo su cuerpo cuando dice: “Me hice solo, lo que soy me lo debo a mí mismo”. Pero habría que saber lo que verdaderamente es, este zoquete. ¿Habrá robado? ¿Habrá matado a alguno? ¿De dónde saca tanta habilidad para los negocios? Si es un ente. Estimo que se ha de precisar inteligencia para eso; o ¿qué es el negocio entonces? ¿Ratería? ¿Usura? ¿Rapiña? ¿Robo?

Me da risa y tristeza a un tiempo. Le gusto, no hay duda, y le gusto más porque advierte que no me seduce, ni con sus millones.

Qué curioso tipo, mezquina las propinas hasta lo absurdo y tiene abono al Colón. Entrevé, a pesar de su miopía casi perfecta, que eso da brillo. Y se entusiasma con Tosca y lo exacerba hasta el delirio “Caballería”. “Oh Lola che di latte ahí la camicia”...

No, paso. Hasta para perder preciso mejores cartas.

***

–Me gusta la luz encendida, toda la luz, la del centro, no la del velador. Eso de la penumbra para las que ya doblan el recodo. Vos no corrás peligro. Sos más linda cuanto más da sobre tu cuerpo la claridad. Una monadita, lástima que seas tan pedigüeña y desordenada. Mirá, vestido, combinación, zapatos, todo por el suelo.

–No hables fuerte, te oyen de al lado. Vení a desprenderme el corpiño y a quitarme las medias.

Solícito, blando, humilde, que toda sumisión es poca para darse, el hombre suple con amable disposición la ruda torpeza de las manos.

Siente una epidérmica felicidad.

–Rica, rica, tesoro, te quiero mucho. Y para demostrarlo estrecha, fuerte, cada vez más, con ferocidad de animal azuzado. Y besa, besa.

–¿Decí, me regalás lo que te pedí?

–Callate, callate, qué linda sos, cómo me gustás.

–Qué me importa eso, no quiero, decí, me regalás lo…

–Sí rica, sí mala, sí mía, sí.

… … … … … … … … … … … … …

En el cuarto de baño, el golpe de la lluvia sobre los flancos de la

bailadera y las abluciones ruidosas. Seguidamente la intimación de una voz carrasposa y agria: cepillo, agua filtrada, talco.

Quince minutos más y la voz entra de nuevo al dormitorio, imperceptiblemente más suave. Con ella el hombre y la sonrisa del sol, alto.

–Caramba, me dormí, me hubieras llamado antes. Son las once y a las ocho le dije a mi mujer que llegaba el tren a Retiro. Tenía que ir temprano a la Bolsa además.

Chasquea la lengua y absorbe con el café una dosis de aspirina. Estoy hecho un opa. ¡También qué noche! Me voy, querida, hasta un día de estos.

–Hasta pronto...

Deja que los pasos se pierdan a lo largo del pasillo. Luego se incorpora y mira hacia la mesa de luz. Bajo la arista del reloj, doblado cuidadosamente su dinero. Sonríe y va a tender la mano para contar, pero le tuerce el impulso un detalle trivial, inesperado, sobre la mesa, casi tocando los billetes, sus guantes de antílope. Han permanecido allí toda la noche, conservando intacta, como si aún estuvieran dentro de ellos, la redondez de sus manos, la división de las falanges, la carnosidad de las palmas. Son tan exactos los contornos, tan carnal la apariencia, que más se piensa en dos tristes manos mutiladas. Los guantes sobre la mesa de noche, rozando apenas los billetes tienen un aspecto escalofriante y macabro.

Es desagradable eso.

Olvida su dinero y se vuelve sobre el otro costado de la cama. Quiere dormir.

***

Así estoy embarrando mi juventud. Así se va, en las primeras tormentas, la pureza primitiva del alma. Han comprado con dinero mi inexperiencia. Han acunado mi cansancio en la molicie del lujo. No quiero ojos para ver, oídos para escuchar, ni labios para justificar. Dejadme vivir, así, de éste, de cualquier modo. Verdad que éste no era el propósito, ni tampoco el sueño. Pero el sueño, el sueño, ¿para qué el sueño?

Alguien amaba a los vagabundos y a las mujeres que cruzan la noche, furtivamente, en las orillas de la ciudad. Alguien amaba con amor inmenso y caritativo, y la noche, y las estrellas y el viento raudo de las calles sabían del gesto amigo y cordial. Rodaba lenta y pausada la luna y el mundo era amplio, hermoso y colmado.

La mirada de sus ojos era acogedora y enternecida.

Honda la noche bajo el celeste abrigo del cielo, honda en su pensamiento, y en su sentimiento, blanda y dulce como la mano rendida al amor.

Alguien miraba con ojos compasivos y sonreía a la primavera, tierna y gozosa como una muchacha.

Alguien tuvo ante sí para medirlo el gran paisaje desconocido.

Alguien amó devotamente la hoja tímida, el sol distante, la piedra, el agua, la bestia, el aire, la materia toda multiforme.

Era crespa la onda del mar y la cabellera de los montes, era ardiente y brutal la vitalidad de las ciudades innumerables.

Florecía la primavera y el otoño empalidecía agudizando las manos. También el invierno y los papelillos de la nieve volando locos como los pájaros o las mariposas. Todos los pensamientos altos y ascendentes, todos los pensamientos profundos, como enraizados. La alegría del ser, y la potencialidad de la vida y el corazón pródigo. La juventud, casi la adolescencia.

Alguien quiso lealtad y fraternidad. Alguien quiso ademán amplio y humano, victoriosamente humano.

¡Un tiempo hubo para amar a los vagabundos y a las prostitutas!

Pulpa de corazón porosa y cálida.

La vida resbala, indiferente.

***

–¿Baja en una estación intermedia?

–Sí. Florencio Varela.

–Descendemos juntos entonces. Ya ve, una coincidencia de destinos.

La frase quedó como dibujada en el aire, sugerente y romántica.

Veintiún años.

¡Qué fino el rostro, qué dulces los ojos!

–¿Te quiero, sabés?

–¿Así, tan pronto?

–Sí, así, te quiero, te quiero.

La ciudad acerada y delirante los acogió en sus brazos, de regreso.

Un día, otros, muchos más. Calles, plazas, andenes, puertos.

Pero el amor tiene urgencias vitales.

–¿Esta noche?

–Sí, esta noche.

No hay para mí, en el recuerdo, nada tan sórdido como aquella casa de citas.

Y pensar que fue una ilusión quien me llevó hasta allí sobre sus alas. Estas ironías se gasta la vida. Nunca, hasta entonces, el amor mercenario lo había intentado. Hubiera deseado retroceder, hubiera dicho a gritos mi repugnancia, pero callé. Sus ojos me miraban con ternura y sus manos acariciaban las mías dulcemente.

Avergonzada, baja la cabeza, como un reo convicto, asida de su brazo y cubriéndome con su cuerpo, penetré al cuarto. Frío, triste, desgastado y árido cuarto. Estoy viendo aún la amplitud de su lecho, el raído diván, las oleografías realistas de las paredes, el espejo y el biombo del ángulo, disimulando apenas el servicio de higiene.

Posáronse mis ojos sobre los muebles, largo rato, fríos y cansados, pero no llegó a la amargura mi desasosiego. Era tierno, fino y ardiente en sus caricias. Me abandoné a ellas sin gustarlas casi, la unión fue así una corriente desencontrada. Y no me refiero al desahogo sexual, precisamente, eso era cosa harto difícil, sólo mi marido había logrado el privilegio, sino a esa alegría de darse, a esa

pasión de la entrega que suple en las mujeres, maravillosamente, a la voluptuosidad.

Mecida por sus besos, el sueño, de puntillas, se arrimó hasta mis párpados.

A media noche una corriente de aire estremeciendo mi cuerpo me hizo buscar el suyo. Tosí. Entre dormida y despierta lo sentí levantarse, buscar abrigo y tenderlo sobre mí, suavemente. Luego, sus labios, rozando apenas mi rostro, y su brazo deslizándose protector bajo mi cuello.

Descansé acurrucada y niña sobre su pecho.

El ademán solidario y piadoso lo ató a mi destino.

Alegres y felices nos levantamos. Cuando pasábamos bajo la torre de los ingleses daban las ocho.

En una lechería tomamos café con leche y medialunas.

Era pobre y me quería.

***

He abandonado comodidad, lujo y halagos. He sacrificado al amor lo poco y todo que tuve.

Quiero darme, totalmente, en entrega absoluta.

Un hombre me quiere y la felicidad envuelve mis horas con su celaje de gasas.

Qué hermoso el cielo. Qué fino el aire. Qué cordiales las manos. Qué inmensa y dulce la vida.

Quiero darme, darme en entrega absoluta.

Que mi carne y mi alma se alcen fuera de su órbita, hasta la mística exaltación. Que se doble mi cuerpo, volteado, la cara en la tierra y los brazos en cruz.

Que entre y salga de mí, en raudal luminoso, la fuerte afirmación de la vida.

Que rueden silenciosas y sueltas las lágrimas de la ternura recóndita.

Que un brazo de hombre sostenga firme, el corazón enorme y transido.

Dejadme agitar, victoriosa, sobre la culminación de mi dicha, la antorcha del júbilo.

Dejadme querer, simplemente, dejadme querer.

***

Zurzo tus medias con paciencia amorosa, tejiendo hilo sobre hilo, mientras me lees a Heine con tu voz calma y plena. El sol mañanero entra al cuarto, violentamente, por la alegre ventana. En mi silla baja, de palo y junco, descanso, cosiendo, de la cotidiana tarea doméstica. La luz se rompe viva y multicolor en el biselado del espejo y en el florero de cristal que adorna nuestra única mesa de noche.

Es lindo vivir.

Viene de la cocina el olor de la comida, apetitoso y simple. Cuando esté a punto tenderé sobre la mesa el mantel cuadriculado, rojo y blanco, colocaré los platos, los cubiertos, el pan, las copas, y repartiremos el almuerzo dichosos, como los pájaros. Y cuando salgas a cumplir tu diario trabajo iré contigo hasta la puerta enlazando tu cintura. Te seguirán mis ojos largo trecho y te volverás para mirarme muchas veces.

Veré la amplitud de tus hombros, tu esbelta figura, el vaivén de tus brazos, luego la mancha oscura y movible de tu cuerpo, luego una línea, después un punto y de pronto, nada, el tumulto callejero y la lejanía te habrán absorbido, robándote a mis ojos pero no a mi corazón donde descansas, donde gobiernas, donde vives.

***

Los celos no son para mí más que un temor y un sobresalto, un insustancial resquemor de vanidad a veces. Con todo he buscado arrojarlos siempre de mi pecho. Avergüenzan, ofenden, manchan, crecen en el fondo cenagoso del ser.

¿Cómo han podido arrastrándose, enroscarse a su pensamiento, a su cuerpo fornido de hombre?

¿Cómo han ido creciendo, gigantes, con la exuberancia de la liana selvática que carcome, oprimiendo, la jugosa frescura del árbol?

Los celos amargan sus besos, su sueño, el pan que come. Son trágicos, tenaces, profundos pero me irritan. ¡Celos de mi vida pasada! De mi miserable vida pasada. Pero ¿a dónde está el ser que comprenda? ¿A dónde están aquellos que remedien, sufrientes, sintiéndose culpables de silencio? ¿Quién vino en auxilio de mi barco, sin ruta y a merced del oleaje? ¿Quién encauzó, quién sustentó, quién protegió mi joven cuerpo desasido?

¿Hacia dónde fui, hacia dónde íbamos, tantos, juguetes de la marea violenta y bárbara que nos hundía? Recién hoy me hago responsable de mi destino, no pudo ser antes, ni fue. Que chillen los fofos y los castrados, acusándome, su estupidez, pero que no sea por labios del amor, por los dulces labios del amor, que esta sociedad prostituida me condene.

¿Qué encierra el cuerpo opulento de una mujer burguesa? Estopa. Estopa y malos detritus. No esperemos de ella razonamiento, tolerancia, comprensión, ni piedad siquiera. Aprieta sus muslos un cinturón de castidad inexorable y ceñido: el prejuicio. Con él se ampara, a él le teme, bajo él se defiende. Todo queda aprisionado dentro de su círculo estrecho, y cuando logra evadirse de él, lo hace por la tangente de la hipocresía.

A este tipo vacuo de mujer le debo la renovación de mi angustia. Así fueron muchas, así son tantas, así es la hermana del hombre que amo, a quien he estado amando, devotamente, durante tres años, con el más alto y purificado sentimiento.

Me considera “al margen de la sociedad” y socaba persistentemente, la flaca firmeza de un hombre. Desconcierta, intriga, acusa. Yago toma vestimentas de mujer, pero ni se acoraza siquiera en la disculpa de carnal obsesión. Su mano no esgrime el pañuelo, enarbola el prejuicio.

***

He suplicado de rodillas el amor de un hombre. Confesarlo no me avergüenza. ¿A dónde irá mi cuerpo otra vez, estrellándose contra las piedras y el cerrado corazón de las gentes?

Ya me había hecho, como creada de nuevo, a la dulzura del descanso. La paz para mi espíritu ansioso, el sueño para mis ojos inquietos.

Tan fácil la vida, tan blanda, tan entre mis manos su dicha.

Pero él no quiere quererme, no quiere quererme.

¿A dónde ir otra vez que no tropiece siempre con los pedazos de mi rota esperanza? ¿Cómo decirle a este cielo que no es el de antes? ¿A esa evocante música que cese? ¿A estas tardes de invierno que me deprimen? ¿A este mundo insensible que me destroza?

Él no quiere quererme, no quiere quererme.

Basta ya de guerrillas de amor. Pedía descanso y nada más sobre los laureles de la conquista.

¿A dónde iré, adonde voy, hacia dónde me empujan otra vez, tumbada por un golpe y otro, rodando en la furia del viento?

Pido más fuerzas para vencer mi angustia. Pido aumentar, centuplicar mis fuerzas. Me aterra el vacío de la vida. Buscaba no más que un hombro para afirmar mi cuerpo. Pero él no quiere quererme, no quiere quererme.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Para ahorrar los gastos de fin de mes, no he tomado pensión completa. Alquilo un cuarto amueblado. Cincuenta pesos, incluido el desayuno y el té de las cinco. Mi único alimento.

Estoy desnutrida, enflaquezco de congoja y miseria día tras día. Pero por cincuenta pesos no puede pedirse más. Lo peor es lo que vendrá. Cuento con espanto los días que pasan. ¿Qué le diré a la patrona a fin de mes, cuando venga a cobrar el alquiler de la habitación? Soy estúpidamente escrupulosa y tímida en estos casos, no sé deber. Me avergüenza, me siento humillada bajo la mirada inquisidora de la dueña de casa que parece decir mientras soslaya mis tacos gastados y las medias zurcidas: –¿Y ésta, tendrá que pagarme el cuarto? Salgo a buscar colocación todos los días, de la mañana a la noche, sé escribir a máquina medianamente, y me animaría a redactar cartas comerciales en una oficina. Si alguien quisiera darme trabajo, por muy poco sueldo...

Pero siempre lo mismo: “Por el momento no señorita, de cualquier manera pásese de vez en cuando, la semana que viene...” Conozco bien esa frase piadosa, más cruel que piadosa. ¡la semana que viene!

¿A qué esta ilusión a corto plazo? ¿A qué jugar con mi esperanza, vanamente?

¿Y él? ¿Él, dónde está él?

Tres meses alejado y presente. Mi corazón llamando, desesperado. ¿Dónde su rostro querido? ¿Dónde sus dulces ojos?

Amor, huido de mis manos, para siempre ¿qué paredes se afirman para negarte? Alma de mi ciudad, cerrada y egoísta, por tus calles voy, andando y desandando, sonámbula y vencida, guiada por un resto de voluntad que afloja.

Amor. Trabajo. amor trabajo.

Mañana. Mañana a primera hora he prometido pagar el alquiler. ¿Pero con qué dinero?

He dicho mañana, como pude decir nunca o siempre. Hace dos noches que no duermo, obsedida, ni un minuto, imaginando los medios para salvar la situación. Siempre surge algún proyecto al final, que lo soluciona todo. Fantasías que dibuja la noche, en la sombra, con fosforescencias de fiebre, pero que la luz del amanecer se encarga de borrar, con su esponja húmeda de realidad y de lágrimas.

Proyectos. Fantásticos y desmesurados proyectos. Mañana tengo que pagar el alquiler.

He sido una imbécil. Debí aceptar la invitación de mi vecina de cuarto, que es bailarina del Tabarís. ¿Cuántas veces me dijo que saliera con ella a comer? A estas horas, ya me habría protegido, solícitamente, alguno de sus amigos. Pero es que eso es justamente lo que no quiero, volver a empezar.

Me purifica aún su recuerdo. Quisiera hallarlo otra vez. Quisiera poder decirle que todo es aún más grande, más noble, más doloroso y más profundo. Quiero luchar contra la adversidad, desesperadamente, y conservar, intacta, a toda costa, la única ilusión de mi vida. No importa su crueldad o su inconsciencia, no importa su olvido. Felicidad que se me dio, la pago con buena moneda.

Puede ser que una vez, para siempre.

***

Hambre, desaliento y sed.

Todo el día andando las calles.

Salí a la mañana muy temprano, antes que la patrona pudiera advertirlo. Me quité los zapatos y en medias, bajé los escalones, uno a uno, miedosa y escurriéndome, como una ladrona.

Son las ocho de la noche. Catorce horas que ambulo, de un barrio a otro, vacío el estómago y el alma desesperada. He visto vidrieras, he cruzado mercados, he intentado leer vanamente durante tres horas en La Biblioteca, me he sentado otras tantas en las salas de espera de las estaciones, he entrado y salido estúpidamente de las tiendas, y ahora, sigo caminando las calles, indiferente a los piropos que resbalan como gotas de cera a lo largo de mi cuerpo, e indiferente también al grito agudo de las bocinas que rompen alarmadas en mis oídos, como anunciando el paso de la muerte.

La muerte.

Catorce horas de angustia, sin relevo.

Así está mi cuerpo. Así va, camino del puerto ahora, como un guiñapo deshilado, como esas viejas velas desteñidas y rotas, al capricho masoquista del viento.

No soy una mujer siquiera, soy un pobre tronco quebrado, sin egoísmos.

Están todos los medios para vencer, pero o nacen con uno de golpe, o hay que adquirirlos así, por estratificación, cubriendo el corazón capa a capa como una mica.

Si no se muere uno antes, en medio de la calle, como los perros.

Para comprender esto bien hay que dejar al tiempo que avance.

Juventud, juventud abnegada y generosa, así, a dentelladas feroces te acorralaron, destrozándote.

Muelle de los pescadores.

La muerte.

Quince horas de angustia, sin relevo.

Parduzco y profundo el río, como la tierra, pero más blando que ella.

Aquí estoy otra vez, sola en mi soledad, bajo el inmenso cielo, cargado de leyendas oscuras. No levantar el rostro hacia él, con los ojos irónicos de sus estrellas guiña burlón su indiferente: “Je m’en fiche”.

No agua, no silencio, no tierra. Quiero vivir aún, quiero vivir.

***

Era alemán, se llamaba Erich Winckle o Winckler, su nombre no lo recuerdo bien, pero el gesto ha quedado luminoso y fijo, como una

medalla sobre mi pecho.

Su requiebro amoroso enjugó la lágrima absurda que lloré muchas noches por todas las calles.

Un sábado. Camino Suipacha arriba, el pensamiento atado aún al nombre querido.

Tal vez el rítmico vaivén de las caderas, quizás la línea fina de las piernas. Como hostigado, persigue la presa firmemente.

Se retrasa, se adelanta, piden su boca y su sonrisa.

No escucho al principio, pero vence al fin, tenaz, la insistencia. Ya advierto, ya miro, ya fiscalizo su rostro, su cuerpo, sus manos. Pulcra la persona, de calidad la ropa, tengo el ojo avisado, vergonzamente, por pasada experiencia. Sonríe una vez más, piropeándome, galante. Recién entonces miro sus ojos para alentarlo. Basta ya de miseria y de esperanza inútil. Ese hombre tiene por los menos algo de lo que a mí me falta: dinero. Sin embargo el escrúpulo me cierra aún los pasos, como emparedándome. ¡Un desconocido! Vamos así, aparejados, uno al lado del otro, largo trecho. Por fin hablo, lacónica, aceptando la invitación.

El auto rueda, por barrios sombríos de árboles, como una piedra por un acantilado. Tengo la sensación de que me hundo, tal vez para siempre, y una congoja inmensa, por encima del vértigo, me sube a la garganta, quién sabe de dónde. No sé cómo es su rostro en este instante, no sé cómo miran sus ojos, no sé cuál es su impulso

compasivo, sólo sé que mi llanto, tan triste, tiene la comprensión de su silencio, respetuoso y humano.

Me ha confortado el alma esta actitud digna de hombre. Desciendo al fin. Sus labios no han ultrajado mi rostro; su mano ha estrechado la mía, cordialmente; hasta su pródigo ademán ha amparado noble y pudoroso mi miseria. Aquí descansan, en el fondo de mi cartera, dos billetes de cien pesos, no comerciados, y la tarjeta con el número de su teléfono.

Pero no he de llamarlo nunca. Otro será el que venga y compre.

Su gesto quede, luminoso y amplio, como una condecoración sobre mi pecho.

***

Hay seis mujeres solas y un matrimonio dudoso en la casa de pensión. Todos viven su vida, de cualquier manera. Ellas son jóvenes y bonitas. Han aprendido a reír y ríen como inconscientes. Sus ratos de malhumor, que no son muchos, los provoca siempre un hombre, el que más les importa. No tienen grandes complicaciones, y sus problemas son de total equivalencia: la feria del cabaret, el lujo de ésta, la mucha o poca suerte de aquella; el ingreso diario o mensual que cada una percibe.

No son tontas y aun cuando esto parezca extravagante, la carencia absoluta de espíritu ha desarrollado en una de ellas, más poderosamente que en las otras, el atractivo sexual. No es la más bonita, pero es un bello animal de instintos inconscientes. Dicen

que un muchacho joven, que viene a verla, con rostro y modales de señorita, la explota. Es curioso, yo siempre creí que un “macrof” tenía por lo menos la apostura viril y el empaque autoritario. Como con las mujeres en la misma mesa y la cercanía no ofende en nada mis escrúpulos. No sonriáis, yo guardo todavía las apariencias, y en este hipócrita mundo, guardarlas, ya sabemos lo que significa. Tengo una amiga, casada, fiel a la fe de seis ídolos simultáneos, que no desea verme más que en su casa, porque aquí, caramba, no es lugar apropiado para una mujer decente.

Me interesa la suerte de estas mujeres, quisiera asomarme al borde de sus vidas desde el comienzo. No son prostitutas con ficha, pero cada una hace su negocio. Sin embargo no se han encanallado del todo. Saben reír todavía, con risa fresca, de optimismo. El gil es el que paga más, el rana el que mejor las estafa. Tienen su lenguaje pintoresco y el Hombre pasa, cabalmente desnudo, por el tamiz de sus recuerdos.

Una vez... Y para cada caso un cuento. La historia del mundo en anécdotas picarescas.

Industriales y magistrados; políticos y artistas; militares y curitas; empleados y comerciantes; todos, menos los de flaco bolsillo. Veinte pesos la tarifa mínima. No creo que ninguna quiera reconstruir su vida. A ratos les asalta el pensamiento, pero todo es fugaz y sin trascendencia. Esa es la atmósfera vital, trasplantarlas sería condenarlas a la asfixia. Pienso en un destino cruento, y en mi voluntad que lucha, hasta lo posible.

Siento verdadera piedad por ellas.

Hay una, 18 años:

–Sí, yo tenía un novio en España. Él era violinista y yo aprendiza de costurera.

El líalo romántico de la melodía la envuelve en añoranzas lejanas.

–Tocaba tan bien su violín... Pero reñimos y yo me vine a Buenos Aires. ¡Bah, Buenos Aires! Al principio todo muy lindo. Creí que los hombres me querían, me besaban tanto, se alegraban con mis caricias. Después me di cuenta que con todas eran igual, el que se entusiasmaba conmigo hoy, mañana con otra hacía lo mismo. Un asco. No sentían nada, no querían a ninguna.

–Y ahora, ahora –pregunté ansiosamente, en un arranque solidario, pulsando mi propia desdicha.

–Ahora me importa un bledo. El que quiera regenerarme que vaya al diablo. Ya es tarde.

Y era tarde, efectivamente. Se daba morfina.

***

Hay otra:

–Quería enamorarme de un chorro; no sé por qué, pero desde chica

me tiraba eso. Cuando leía policiales en los diarios me entusiasmaba pensando en ladrones y en asaltantes, me hubiese escapado con alguno si hubiese tenido la suerte de conocerlo. Es que era medio loca; y mis viejos también, pero por el otro lado, les daba por la decencia a ellos; no querían que escuchara tangos. Pero estaban listos, me iba al cuarto de mi hermano y allí toda la tarde revisándole cajones. Cartas, revistas alegres; ¡y qué fotografías, qué libritos! Un buen reo mi hermano.

Después sentábame frente al fonógrafo, un aparato de corneta que daba risa, y meta tango. ¡Las cosas que pensaba! De todo. En irme a Europa, a Norte América; en ser doctora, ingeniera, artista, una eminencia, que todos tuvieran que hablar de mí. Después se me iban esos "berretines" y pensaba en prostíbulos, cuando el tango se hacía más tristón yo pensaba en prostíbulos. ¿Qué harían las mujeres allí? ¿Cómo vivirían? ¿Qué sería aquello? Me daban muchas ganas de ser como esas y meterme adentro, para que me quisieran los hombres y para bailar tangos.

No conocí nunca chorros, pero me enamoré de un pescador.

¡Qué linda cara! no he visto nada igual, y lo que más me gustaba era que usaba pañuelo al cuello y se echaba el sombrero para atrás.

La primera vez que le vi me dejó zonza, me acuerdo que era una tarde de verano, yo estaba parada en la puerta de calle. Vino a ofrecerme su pescado, pero no hubo caso, mi vieja no quiso comprar.

–Paciencia –me dijo, y se sonrió.

¡Qué lindo era, qué ojos, qué dientes! Nos miramos los dos con un gusto.... Después volvió, todos los días, y me daba besos y me acariciaba en el zaguán. Andábamos medio locos. Una mañana quedé sola en casa, papá había ido a atender su negocio, mamá de compras y mis hermanos al colegio.

En el cuarto de los viejos ocurrió todo. Lo hice entrar allí porque era el mejor arreglado, con ropero de tres cuerpos y toilette. Me gustaba darme corte un poco, y deslumbrarlo.

A la semana nomás se me pasó el entusiasmo. Era medio bruto, me apretaba mucho y tenía un olor desagradable a pescado y a ropa sucia.

Anduve con muchachos del barrio y al fin me enamoré de uno que al principio no me quería, pero que después, cuando supo que era judía se entusiasmó y me sacó de casa.

¡Pobre vieja, lo qué lloró! qué vamos a hacerle; ahora cree que trabajo y que quiero siempre al mismo. Mejor así; para qué tiene que enterarse...

Yo siempre le mando dinero.

***

Y otra más:

–Cuando llegué a Buenos Aires tenía dieciséis años. En Montevideo estaba colocada en una farmacia. La patrona era una buena mujer, una infeliz, pero su marido me dio muchos malos ratos. Estaba furioso conmigo y hasta quiso pegarme una vez porque yo hablaba siempre con uno y salía a pasear con él los domingos. Decía que era una puerca y que me había visto besándolo. ¿Y él? Besaba a su mujer, y a mí siempre que podía, en todos los rincones y detrás de las puertas.

Mi novio era muy simpático, pero bueno él también...

Me engañó, siempre me decía que era de una gran familia y que cuando el padre volviera de Europa se casaba conmigo. Pero ni una cosa ni la otra; no se casó y era además un pobre diablo, sirviente como yo, sólo que era valet y llevaba buena ropa; hasta galera de copa se ponía a veces para hacerme mejor el cuento.

Cuando lo supe todo lo dejé y me fui con otro. Ese sí que era rico; paseábamos siempre, nos divertíamos.

Me instaló departamento y una noche, estando yo en el balcón lo vi pasear a mi novio de una esquina a la otra, de gran galera. Me hacía señas, me llamaba, pero me fui para adentro, cuidando de golpear bien fuerte la ventana. ¿Sabe lo que hizo entonces? Se mató. Me afligí mucho, me acuerdo que ni pude bailar esos días, pero después, reflexionándolo bien, comprendí que no había por qué. Él sólo tenía la culpa. Santiago... Siempre me acuerdo. ¡Con su gran galera!

***

De nuevo la vida oscilante y sin rumbo. Un fracasar, un titubear, un entrever y un esperar siempre. Mi juventud no tiene otra forma de manifestarse: soy optimista. Aguardo un porvenir inmediato o lejano que me sitúe definitivamente, segura de que por ahora estoy fuera de mi centro.

A ratos me llegan, como envueltas en niebla transparente, visiones de hogar. Seguridad, orden, monotonía.

¿Qué será de mi padre, de mis hermanos?

¿Siempre el mismo sitio en la mesa? ¿Siempre aquella vajilla con su guarda de flores celestes? ¿Aquellos mismos sillones de cuero en el comedor? ¿Y aquel famoso cuadro, ridículo, con su rey, sus vasallos, su cacería, y por el que teníamos una estimación extraordinaria?

Hogar, dulce hogar. Se ha idealizado eso mucho. Estoy sobresaturada de escenas felices leídas o reproducidas en telas o estampas. Puede que eso se viva. Pero serán otros seres. Los que conozco no son de esa naturaleza.

De Elena, mi hermana mayor, suelo tener noticias. Se casará pronto. Iré a comprobar y gustar su felicidad presente. Y futura ¿por qué no? Será más feliz que yo, sin duda. A menos que él no sea en extremo sinvergüenza.

Querría... no sé qué querría. Tal vez un impulso fuerte, que me levante o que me arraigue; que me afirme de una vez o que me

saque de la tierra.

***

Con inconsciente frialdad te fuiste un día, brutalmente. Un solo pretexto sirvió. Ahora vuelves. Lástima. Me diste demasiado tiempo.

Llorando, quemándome los ojos de llanto, alcancé a medirte. Ni mejor ni peor que ninguno.

Ahora vuelves y yo no quiero a nadie.

No te arranqué de mí, deliberadamente. Ni siquiera para mi defensa, ni para ahorrar tristeza a mi corazón. Sentí que te alejabas, solo, sin el peso de mi voluntad, como aquella noche en que el lúgubre eco me advertía cómo te ibas, cada vez más lejos, un paso tras otro, hasta perderte.

¿Para qué has vuelto? Ya no me conmueve tu voz. No me conmueve tu rostro. Ni tu abatimiento, si existe. El mundo de pureza ingenua que tuve, alguna vez, quedó en tus manos, ¿Qué sos ahora más que los otros? Ni la curiosidad de buscar en tu alma siquiera.

Yo he de querer a uno, o a otros. Eso es mío. Doblemos la hoja; no interesa. Pero amigo, si se te da el caso, otra vez, aunque quieras volver, no vuelvas nunca.

***

Es curioso, desde que comparto la vida con un abogado de mucho renombre, barullero y buscapleitos, las mujeres “honestas” desean mi amistad. Cuando no tenía aún veinte años y la soledad me llevó a los brazos de otro hombre que no fue mi marido, eran más rígidas. Juzgaban mis actos con una intolerancia ciega. Yo era una pobre muchachita sin dinero, acosada por ansias diversas.

Ahora no soy mejor que entonces, al contrario.

Sin embargo me llaman “señora” y me agasajan.

Está bueno.

Vamos a representar la comedia.

El núcleo de mis flamantes relaciones es compacto y variado. Desde la dama de beneficencia hasta la feminista a outrance, pasando por literatas, maestras, esposas de profesionales, catedráticos, etc.

Primer acto. Me han nombrado secretaria de un congreso feminista, a realizarse quién sabe dónde. Mucho honor, demasiado honor. Declino. Prefiero ser vocal, apenas.

El cargo queda en disponibilidad, pero lo llena, prestamente, una que hace un minuto, alegaba no poder aceptar, por exceso de

trabajo, una vocalía.

Hay reuniones previas en casa de la presidenta a fin de cambiar ideas y tomar resoluciones.

Veamos.

Con tono confidencial, el rostro grave, la voz a media asta empieza una: “Es preciso antes que nada depurar nuestro propio ambiente. Para un Congreso de tal magnitud como el que se prepara se requiere una disciplina moral muy estricta. Hay que seleccionar pues. Sé que en el seno de nuestra comisión, no falta alguna persona cuya honorabilidad da tema para muchos comentarios, asaz crudos”.

–Esto va por mí –me dije, sin reparar en la cursilería del lenguaje. Pero no iba por mí, yo soy la “esposa” del conocido abogado y escritor, era por una muchacha periodista, ya madura, que desde los quince años, pasa los treinta ahora, mantiene relaciones amorosas con un hombre casado.

Veinte congregadas. Hay una sola voz comprensiva, la de una maestra solterona, de vida transparente, y la mía por sobre todas:

–Señoras, ese es un caso muy grave, pero peor es el mío. Hay que curarse en salud. Hasta la vista.

***

Segundo acto. “Asociación de damas cristianas pro infancia desvalida y vejez sin amparo”.

Lindo rótulo para venderlo al centímetro, pero mejor leamos: Agrupación de fósiles, híbridos, con chifladuras aristocráticas.

Vamos a ver qué es esto de la caridad cristiana entendida y practicada por mujeres viejas y secas, exprimidas ya como limones sin jugo.

Me visita una. Es una dama muy peripuesta, muy campanuda. Cada vez que me sablea no lo hace en su nombre ni en el de; la corporación a la que pertenece, utiliza el nombre de Cristo.

Aprovecho su mismo subterfugio para no ofenderla a ella, directamente. Doy la limosna y agrego:

–Señora, Cristo le ha hecho y continua haciéndole mucho daño al pobre. Invoque su nombre para pedir, pero cuando dé, no lo haga nunca.

La vieja se santigua.

–¡Santo Dios, qué blasfemia!

–Pues nada de blasfemias, lo ha privado de bienes terrenales, a cambio de una promesa demasiado oscura.

El pobre que pase hambre, humillación, que sufra privaciones, que se someta, que viva de residuos, mientras pasa a su lado el rico, fregándole bajo las narices su concupiscencia. Para unos ciento, para otros nada. Muy desnivelada la balanza, muy poco justa.

–Todos seremos iguales ante Dios, ya nos lo dijo. Qué duda cabe.

–Sí, pero en el otro mundo, donde no hace falta. Allí se vive con música celeste, aquí con garbanzos.

(La dama, que era más creyente de lo que supuse, no vino más a verme. Habrá pensado, sin duda, que por mi boca habla el diablo). Amén.

***

Tercero y último acto.

–Usted es todavía una inocente.

–Vaya, me alegra, una novedad encantadora.

–No tanto, la inocencia y la inteligencia se dan de palos.

–Elegiré entre las dos entonces, no quiero rencillas. ¿Hay tiempo?

–No haga chistes, usted es una inocente.

–¿Qué puedo hacer para no serlo?

–Quererme.

–¿A usted? Sí... le tengo afecto, la estimo.

–Pero no así. Quererme, quererme profundamente, como yo la quiero.

–Esas son cosas de histérica, de desviada.

–Estas son cosas corrientes, pero, para mujeres de “élite”. Hay que comprenderlo.

–Una aberración. ¿Y su marido?

–Imagínese, médico de la armada, por allí fue el comienzo, no le

intereso.

–Pues, buscarse otro.

–No sea inocente. Me gusta usted.

–Lo siento.

–Y entonces, ¿toda esa camarilla que la sigue, toda esa corte de señoritas?...

–Todas. Pero me gusta usted.

–Haga el favor, qué asco.

–¿Por qué? Cosas del cuerpo, ya sabemos, carne corrompida. Pero el alma, oh, el alma, ella no se complica. Para la inteligencia hay también concesiones y privilegios.

–Ajá, muy interesante, yo sigo en las primeras letras. Usted es una mujer superior, alarma su sabiduría. Pero, ¿no quiere que tomemos el té en cambio?

***

Me punzan todavía, a cada rato, pero vaya uno a saber de intenciones y recursos ajenos. Dicen que cada cual se defiende como puede. Así será. Tal vez por eso hay más de una que codicia el bienestar que disfruto y procura usurparlo a toda costa, con malos recursos. Quien teme por la fidelidad conyugal y trata de acorazar a su marido, calumniándome. Y también las que soslayan sesgadamente mi vida y mis actos, enconadas por la propia impotencia.

Todas murmuran, “se defienden”, pero ninguna ataca de frente, con valentía. Y cuando se me acercan, las más, sonríen.

Mujeres, mujeres, mujeres, me he golpeado el rostro contra las duras puertas, mucho tiempo. Ninguna soledad mayor. Y para nadie tanta angustia.

Hay que defenderse, la vida es eso. Y más aún, es lucha despiadada y cruenta. Pero podríamos utilizar armas más nobles.

Yo empiezo a ver. ¡Ah! ¡Si hubiese sido posible, desde el comienzo!

Sin embargo, muchas de vosotras os ganáis el pan, o lo tenéis cabalmente. Bien sea el temor y la astucia como consecuencia, para defender a toda costa una situación indigente y desesperada. Es malo, pero tiene su lógica. ¿A qué esta batalla absurda por la conquista del hombre, de la situación holgada de un hombre, cuando ese que perseguís no es probablemente el que tiene el amor, mientras vosotras, en cambio, tenéis la holgura material que fortalece y escuda?

Malo mi ejemplo, pero peor que mi cuerpo vendido, fatalmente, vuestras caricias convencionales. Sólo el amor para el amor. ¿A qué la máscara hipócrita si conocéis la verdad de la vida?

¡Oh! ¡Si me hubiese sido posible, desde el comienzo!

Mujeres, mujeres de toda la tierra, hombro con hombro, trencemos la cadena, solidariamente.

Aquí está mi sueño roto que reconstruyo.

“Sabré rechazar el pasado, en el momento que quiera, y recibir la vida como si acabara de nacer”.

***

–... No tiene bastante azúcar mi café.

Y está en extremo caliente.

Y menos cargado de lo que me gusta.

… ¿Qué haces en el escritorio?

Concluye de una vez si estás arreglando.

Concluye de una vez.

... ¿Por qué cantas? No quiero que cantes.

Crispa los nervios tu canción.

... ¿Quién hace ese ruido? ¿Qué son esos ruidos?

… Cierra las ventanas, cierra las puertas.

… No quiero la balumba de la calle.

… No quiero su ruido ni su luz.

Los ojos de la mujer no dicen nada, ausentes y fijos. Ni acatamiento ni rebelión. Siguen el golpeteo de las palabras del hombre hasta que la frase se ausenta. Hasta que la puerta se abre, hasta que la puerta se cierra. Hasta que el ascensor baja, hasta que el ascensor golpea, al fondo, sus soportes de hierro.

Recién entonces canta. Un minuto nada más, pero canta.

De una pieza a la otra, el cuerpo libre, las manos libres, las piernas libres, el espíritu libre.

Y habla, en alta voz, monólogo ininteligible para las paredes, para los muebles, para el aire, para sus oídos, y para su alma.

Mientras el ruido de la calle acrece, y por las ventanas que se abren entra, pujante y alegre, la canción de la luz.

***

Por boca de un solo hombre chillan las tres cuartas partes de una sociedad pacata. Chillan todos: estáticos, cobardes, hipócritas, flojos.

Pero sí, griten, grite usted por ellos, grite fuerte, que también yo lo grito:

Por amor, por desesperada soledad, por hambre.

Diga también que no tengo vergüenza. Vergüenza... lindo dije para colgarlo como un abalorio, a la vista del público.

Dígalo usted, precisamente, que encontró firme mi hombro para apuntalar su aflojamiento y su derrota.

Dígalo usted fuerte, pero calle cómo ha visto rodar mi lágrima oscura, por su fracaso, por el mío, por el de tantos.

Diga eso y lo otro y aquello. Pero grite fuerte, porque yo también lo grito:

Por amor, por desgarrada soledad, por hambre.

***

Todo es más árido, más duro y más difícil. Pero de tanta derrota al parecer inútil, hay una verdad que se afirma: mi corazón no se rinde.

Con manotones de náufrago, desesperados, así he pasado de una corriente a otra, asiéndome de tablas inconsistentes. El turbión de sueño, de sentimientos, de llanto y de esperanza subido en álgida marea para expandirse, comienza a refluir.

No gemir demasiado sobre las muertas ruinas. Hay muchas. Tragedias de gusanos.

Voluntad y fortaleza. Eso falta.

Hombre, pequeño, débil, corrompido y mísero hombre que hallé en

mi camino, tu flaqueza madura mi fuerza.

Lo que pedía y recogí en migajas, alguna vez, viviendo, te lo he dado en piedad comprensiva. No importa el para qué, sólo el porqué importa.

Uno, dos, tres, cuatro, tantos años, pero tampoco importa. Aún queda vida y tiempo. Entiendo que inconscientemente casi, voy reconstruyéndome con cimientos más firmes. Con tu ingratitud, tu flojedad, tu complicación y tu desdicha, me has flagelado el alma tercamente. Sea. Si mis ojos no hubieran sabido también llorar, de enorme piedad, dolientemente, su luz de amor no fuera perfecta.

He sufrido la soledad, la tortura moral, el espiritual abandono. He sufrido la incomprensión del hombre, hasta el límite; pero en éste, culminación de aprendizaje, he sufrido sus vicios.

Pesado lastre.

Escarbad la humana substancia y ante la comedia y la tragedia reid, compadeced o meditad. Pero a mí dejadme el silencio.

Silencio y descanso.

Que cualquier mano pronta, la más blanda, columpie mi cuerpo maltrecho.

“Duérmase mi niño

Duérmase mi dueño...”

***

Aquí está mi espíritu fortalecido. Aquí está mi voluntad que rige. Aquí mi amor nuevamente, ahora, como en la vieja Hélade, por “lo más helio y más bueno”.

Porque amo su fresca juventud, y bajo el contorno de Apolo la lisura del alma, fuerte y sencilla.

Siempre su boca limpia y dulce. Su sonrisa franca. Siempre sus ojos niños. Siempre su brazo compañero.

***

Plazas. En todas las plazas del mundo hay un hombre que espera. A veces el amor, a veces el sueño, a veces el olvido, a veces la venganza y a veces, también, magníficos sueños de justicia.

Tiernas palabras bajo los árboles, vastos pensamientos, esperanzas febriles.

Niños y viejos, fuertes y débiles, simples y pobres, filósofos y vagabundos.

Sentémonos también, que todo eso somos un poco, mientras ríe el sol sobre el césped y luce el bronce histórico su inconmovible petulancia.

Sentémonos también, y confortémonos mutuamente.

El tronco del pino, bajo cuya sombra verde nos acogemos dice que todos fuimos ingenuos y románticos, lo dice la incisiva flecha que une, sobre la labrada corteza, dos corazones entrelazados.

Amigo, dame tus manos amplias. Ensamblada y multánime allí está la ciudad, nuestra y de todos.

Allí sus calles, su fiebre, sus afiches, sus hombres.

Allí su puerto, sus mercados, sus fábricas. También sus cruces, sus minaretes, sus banderas. Su gloria y sus fetiches.

Allí la vida pujante que tritura y arrolla. Allí la serpentina y la palanca.

Allí la afirmación y la derrota.

Allí la esperanza y la muerte.

Amigo, dame tus manos amplias. En el declive de la tarde, Neo Lux estampa sus carteles de fuego.

Incendio. Incendio multicolor. ¡Incendio!

# Tercera parte

–¡Qué bárbaro!

–¿Me lo dice a mí?

–No, a su doble.

–Para ser buen patrón hay que ser buen psicólogo, y duro además como el hierro. ¿Ve? allí viene uno, ese que entra dirá que está enfermo, pero, lo más seguro es que ha pasado su noche de farra. Está deshecho. Mírele la cara, los brazos, parece de goma. Pero no hay caso, al hombre hay que hacerle responder siempre, como una buena máquina. Tiene que dar siempre el más, nunca el menos. Son las ocho, si lo recargo ya, está listo.

Prefiero mandarlo aliviado una media horita y aumentar la presión, gradualmente, hasta el máximo. A las doce, cumplido su horario este hombre ha rendido más que los otros. Pero hay que ser como fierro, y buen psicólogo.

–Duro ya lo sé. En cuanto a lo de psicólogo habría que verlo. ¿Me permite? Quiero comprobar que es usted un bárbaro.

–Compruebe...

–Oiga compañero, anda medio flojazo, ¿qué le pasa, se ha echado su canita al aire anoche?

–¿Canita? Habrá sido hace nueve meses, anoche fueron las consecuencias. Mi mujer estuvo de parto. Seis horas en un grito. Estoy roto,

–Pero hombre, no haber venido, entonces...

–Ajá, pregunte por ahí si regalan jornales, y desde cuándo.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

–¿Y qué dice, amigo, lo oyó?

–Puede que sea, puede que no sea, pero el que se ablanda está listo. Hay que hacerles dar el máximo, hay que ser como fierro.

–Sí, para ir a dar en el yunque, cualquier día.

***

Tac, tac tac. La linotipo, como un reloj apresurado late rítmicamente sus letras de plomo.

Veinte operarios silenciosos y un patrón déspota, ex anarquista y

ahora extremista reaccionario.

Al frente de la minerva, Marcial Rosa, de cincuenta y tres años, con treinta y siete de servicio activo.

Chirrían los engranajes, los tornillos y las poleas. Se advierte que está fallando, cada vez más, la máquina desajustada.

Entre los cilindros de pasta, la mano del obrero se escurre rápida, buscando el obstáculo.

Pero el cilindro metálico, no advertido a tiempo, también busca.

Un ruido sordo y triturante, un desgarrado grito, y la mano del hombre sangra deshecha, con los huesos rotos.

–¡Ay mi mano, maldito dios, mi mano!

–Compañero, sea fuerte.

–¡Mi mano, gran perra, mi mano inútil! ¡Mi pan y mi trabajo! Mejor morirme.

–Compañero, sea fuerte. Soporte el dolor por ahora y por lo demás no se aflija. Está el seguro.

… … … … … … … … … … … … …

–¿Seguro? ¿Seguro? No hay tal seguro.

Él ha sido el único responsable. No pagó nada.

–Tendrá que pagar, a la fuerza, usted lo sabe bien…

–No pagó, no pagó. Junta de brutos. ¿Y el desperfecto de la máquina quién lo paga?

***

Como la abeja. Diligente, laboriosa, metódica.

Trabajo diario infatigable, de sol a sol.

Mediquito de clientela y prestigio. Dactilógrafa, enfermera, secretaria, querida. Todo por setenta pesos.

Como la abeja, pero a la inversa, el dulce gustado prematuramente; si no hay miel, no hay trabajo.

Seis hermanos que comen, que calzan, que visten.

¡Setenta pesos!

***

–Che, Jack, a ver, leeme eso, por ahí dice “La Nación” que todo el mundo está dando plata.

–Sí, niño, así parece. Ayer venía una lista, hoy otra.

–Pucha, ¿y habrá que dar no más? No deja de ser un clavo, leé, leé eso.

“Para el Correo trescientos mil pesos; para la Policía, quinientos mil, para el Cuerpo de Bomberos, doscientos mil...

“No se ha presentado nada igual en la historia argentina. En un generoso desprendimiento, todos los hombres de fortuna han ofrecido su dinero para la salvación del país.

Don Celedonio Pereda.

Don Saturnino Unzué.

Los Martínez de Hoz.

Los Pereyra Iraola.

Los Alzaga.

–¡Hermoso, magnífico, estupendo! Estamos haciendo historia. Como las damas mendocinas. Estamos sacrificándonos en aras de un ideal cívico. En holocausto de la patria.

¡Hurra, Jack, tres hurras por la grandeza de la patria!

–Hoy, para la Asistencia Pública se ha recibido una donación de cincuenta mil pesos.

–¿De quién, che?

–No da nombres. Una donación anónima, parece.

–Qué tontería. Hay que dar el nombre. No es por vanidad, ¿comprendés? Es por el buen ejemplo.

–Dice aquí que esa donación había sido hecha primero a otra repartición pública, pero no fue aceptada.

–¿A cuál repartición, che?

–No lo dice, niño, pero ha de haber sido a la Intendencia, en párrafo aparte se lee que es la única que ha podido equilibrar bien sus finanzas.

–¿La Intendencia, che? Mira, la Intendencia. Sin embargo no le vendrían mal unos pesos para evitar una posible catástrofe. Nada está seguro hoy, es época de bancarrotas.

–Así es, niño.

–Claro pues. Vení, afeitame rápido. Soy retoño de próceres. Mis antepasados, desde el 1800 han dado lustre y gloria a mi apellido. No puedo desmerecer mi linaje. Desciendo de un tribuno famoso en el Parlamento argentino; del mejor parlamentario. ¿Quién dijo que el Parlamento es un conglomerado de fuerzas muertas y que no tiene significado? Plebe, plebe ignorante y corrompida. Con todo, por ella sea el sacrificio. Voy a poner mis millones en manos del Intendente, voy a sacrificarme por el bienestar de la patria. Como mis gloriosos antepasados.

–Niño, una señorita Elsa que lo llama por teléfono.

–¿Elsa, che? Ah... sí, Elsa. La gran siete, ésta es la que me anda

llorando para que le pague la pensión, ciento cincuenta pesos.

Dice que no tiene un centavo; y lo peor que parece cierto. ¿Pero qué quiere que le haga? Y esto por haber andado unas cuantas noches con ella. Que me deje de embromar.

–¿Qué le contesto, niño?

–Mirá, decile que no estoy. Que me he ido al campo. A ver si me toma por zonzo ésta.

***

Esa es la gente que tiene los resortes. Bonita esperanza, pero el estómago no admite prórrogas.

Ensayaremos.

“Señorita culta para oficina jurídica, que sepa taquigrafía y escribir a máquina”.

Inútil, trescientas postulantes y un solo empleo.

“Señora con recomendaciones para secretaria de correspondencia”.

Inútil también, por igual motivo.

“Cajera, con garantía de tres mil pesos”.

¿Descartado. ¿Quién me hará un favor de esa naturaleza?

“Corredoras hábiles, para artículo de fácil expendio”.

Inútil también; o no sirvo yo, o no sirve el artículo. Quince días para ganar noventa centavos.

Esto al empezar, pero hay que tener constancia y no desmoralizarse. Trabajo habrá, es cuestión de firmeza.

***

–Buenos días, señor.

–Buenos días.

–Deseo hablar con el jefe de propaganda.

–Habla con él.

–Este... vea señor, yo le traigo un sistema de publicidad que...

–Le advierto que hemos restringido los gastos. Tengo que hacer economías.

–Precisamente. Se trata de una innovación que aúna el resultado y el beneficio.

Los ojos del individuo se afilan, curiosos y piratas.

–Exponga la idea, se aprovechará si conviene.

Pero no conviene, es claro. No conviene repartir las ganancias... Se explotará, se utilizará, se obtendrá el beneficio. El público pagará, el negociante ganará, el jefe de propaganda ganará, el avisador coimero ganará y yo seguiré caminando las calles, exprimiéndome los sesos, desvelando mis noches, desesperadamente.

***

Oficinas confortables y sobrias, al sistema americano. Ascensores, cajas registradoras, máquinas de escribir y de calcular, teléfonos, cables.

Veinte mujeres y otros tantos hombres, tecleando afanosos o moviendo papeles.

Me atiende una muchachita rubia, afable y bonita.

–¿A quién desea ver?

–Al señor director. Al amo, mejor dicho.

La joven sonríe, vivísima.

–¿De parte?

–Me envía el gerente de la Industrial Corporation.

Aguardo apenas minutos.

–¿Quiere pasar?

Tras el escritorio de roble, hundido en un sillón de cuero, amplio, un tipo como de cincuenta años, el físico del “bon vivant”.

–Señor, he venido a verlo por indicación expresa de un amigo

común, me ha dado esta carta, pero yo sé por experiencia que estos son documentos rigurosamente inútiles, preferiría que me permitiese hablarle con entera franqueza.

–Usted dirá.

–Quiero trabajo, señor, necesito trabajo. No tengo exigencias ni pretensiones, algo que me ponga a cubierto de la necesidad, a cubierto del hambre. No soy inculta, cursé estudios secundarios en un colegio de monjas. Escribo a máquina, hablo francés medianamente, y sobre todo tengo experiencia, buena voluntad y deseo de serme y ser útil a alguien.

–Hijita, habla usted muy bien, se ve que es inteligente, pero créame, yo no sé cómo ayudarla.

–Es fácil, dándome ocupación en sus oficinas.

–No es fácil hijita, no es fácil. Diariamente se me presentan cien casos como el suyo, mujeres que piden trabajo, aunque no siempre tan simpáticas y tan lindas, eso es cierto.

–Gracias por el halago, a pesar de que no me hace falta, pero dígame ¿por cuáles razones usted niega su ayuda? Comprendo que no pueda remediar cien casos, pero remedie tres, remedie dos, remedie uno. Usted es un potentado, su negocio marcha, siempre habrá algo que hacer a cambio de un sueldo ínfimo.

–Qué mujercita ésta... En fin, veremos... ¿No quiere tomar el té conmigo mañana y le contesto?

–Si supiera lo que me va a contestar, y si no se trata más que del té...

–Tiene que ser buenita y yo también voy a ser bueno, para pagárselo.

–Pero escuche, ¿usted cree que para eso preciso pedir trabajo a nadie?

***

Diablos, que se precisan protocolos para llegar a un secretario de gobierno. Quince días moviendo títeres y otros quince aguardando la audiencia. Y no quejarme, hay otros que la esperan hace meses, la esperarán siempre.

Este ministro a quien por nada del mundo podría tomar muy a lo serio, me acuerdo de haberlo visto muy alegre, hace años en una garconiere, me concedió apenas dos minutos de su precioso tiempo, el mínimo espacio para no poder convencer a nadie, no ya de una imperiosa necesidad, apenas de un simple deseo.

Dice que me contestará por carta. Ya sé, me lo pudo decir allí mismo, ahorrábamos tiempo y frases.

Con éste son tres ministerios que visito. Además la Intendencia, la Caja de Jubilaciones y Pensiones, la Unión Telefónica, el Correo, el Consejo Nacional de Educación y la Administración de Impuestos Internos. A este paso no queda oficina pública sin mi visita, y total para qué, después de siete meses estoy como al principio.

Y lo peor es que a mi compañero le pasa lo que a mí, apenas unas horas de trabajo al mes. Nos libramos del hambre milagrosamente. Siempre hay una salvadora amistad. Pero es triste y humilla.

Cincuenta veces al día tropiezo con el cartelito:

**no hay vacante**

En negocios, en talleres, en fábricas. No hay trabajo.

Al principio yo hacía mi pedido con alguna exigencia. Creía que mi capacidad, en la que fío, me lo autorizaba.

A fuerza de ver y juzgar ahora no exijo nada, apenas pido. No hay más ni menos derechos, millares, millares y millares de seres buscan lo mismo que yo, y las exigencias del estómago son todas iguales.

Cuando los que están a la cabeza me dicen –y esto ocurre casi siempre–: “Sí, es desesperante, pero medio mundo está en su situación”, se me caen los brazos.

Tienen razón, tienen razón, ¿cómo van a remediar ellos esto?

Pero usted señor presidente, usted señor ministro, usted señor secretario, usted señor diputado, todos ustedes, los que saben tan bien como yo lo que está pasando, ustedes son culpables de silencio; en vez de decirlo a gritos, ¿por qué querer ahogar este clamor que se levanta, día por día, cada vez más fuerte?

Trabajo... Trabajo... Trabajo...

¡que - re - mos tra-ba-jooo!

***

Tanto cavilar, al fin he tenido una ocurrencia: ofrecerme de lectora en alguna estación radiotelefónica.

La ociosidad no me ha sido inútil del todo. He leído bastante y bien. Puedo alcanzarle al público, tan desamparado, un caudal de belleza estupendo. Basta con elegir cuidadosamente.

Creo que todas las “broadcasters” tienen “directores artísticos”, puede ser que alguno de ellos, aunque parezca imposible, culto y experto, facilite mi propósito.

De sueldo ya se sabe, lo que quieran darme. El caso es ir defendiéndome.

Me ha costado mucho trabajo entrevistarme con este señor que hasta ayer era un pobre diablo y hoy es una potencia.

Me lleva hasta él una cancionista de tangos, la mejor cuña.

–Sí señor, yo deseaba proponerle esto: hay joyas de la literatura mundial, escasamente o nada conocidas; ya que se trasmiten tantos malos versitos ¿no podríamos leer páginas muy hermosas –tengo buen timbre de voz– media hora por día, o bien dos o tres veces por semana?

El magnate cavila, piensa, me observa, parece que va a parir el mundo, nuevamente. Al fin contesta.

–No señorita, eso no, no hay interés.

–Vea señor que una parte de público inteligente quisiera...

–No interesa. ¿No tiene alguna idea original? Tráigame aunque sea una y le doy trabajo.

No sé por qué pero me viene al recuerdo aquel jefe de propaganda. Otro que quiere ideas. Pues aquí tiene, que elija. Esto no se ha hecho por radio, ni esto, ni esto.

El magnate cavila otra vez:

–Es una lástima. Yo tengo empeño en ayudarla. Si supiera cantar tangos...

–No, señor, desgraciadamente. Pero ya que este es el paraíso de la milonga, deme tiempo, ¿no es lo mismo que aprenda el bandoneón?

–No se altere; usted no lo creerá, pero tengo interés en ayudarla.

–¿Y entonces? No exijo mucho, para vivir me bastan ochenta pesos.

–Ochenta pesos, ochenta pesos... A ese precio, si sabe alemán, italiano, inglés, francés y escribe a máquina, le doy trabajo, preciso una intérprete.

–Y a ese precio, ¿no me exigirá también que le cebe mate?

***

No hay imaginación, no hay fiebre, no hay mala fe.

La explotación es cosa corriente. No hay trabajo, pero hay extorsión

en cambio.

Auténticamente cierto que en pueblos vecinos a la capital, una de las ciudades más ricas del mundo, guardas de ómnibus ganan la mísera suma de $ 1.40 diarios.

Auténticamente cierto que obreros de maquinaria de una poderosa estación radiodifusora con el tiempo medido para comer un sándwich las más de las veces, perciben un sueldo de cincuenta pesos mensuales.

Auténticamente cierto que empleados de escritorio, aventajados estudiantes universitarios, ganan apenas treinta.

Auténticamente cierto que en un conocido diario matutino trabajan los redactores, dichosamente, por la limosna del café con leche.
Auténticamente cierto que con sueldos de hambre en muchos sitios, en demasiados sitios, se humilla y pisotea la dignidad de los hombres.

No hagamos melodrama, no llorisqueemos por eso, pero déjesenos el derecho de acogotar a ese cerdo, que nos dice, riendo, cínicamente:

Sí, a mí llámenme hijo de una gran p... Pero que venga plata.

***

Agencia de colocaciones. Son las siete y ya van cayendo, colándose por el túnel sombrío del zaguán, hombres y mujeres de todos los pueblos. Hombres más que mujeres, y más concretado aún, muchachos. Pedazos estériles de juventud, golpeada brutalmente por el látigo de la miseria.

Como la jovencita ansiosa que desde el repecho de su ventana aguarda el paso fortuito del amor, así estos rostros ávidos, uno tras otro, junto a la taquilla donde se anuncia una problemática esperanza.

“Pan para los hombres de buena voluntad”. Pan. Pan. Pan. Si hasta redobla como un parche lúgubre.

Veinte, treinta, cincuenta, cien. Y en cada agencia, esto. Sepa usted lo que es hambre, amigo; sepa lo que es no tener un cobre en el bolsillo, nunca; sepa lo que es renunciar a todo anticipadamente: a su normal alimentación en primer término, al requerimiento angustioso de su estómago; al bienestar de una habitación confortable; al decoro de su ropa; al beneficio de ese poco de ilustración que lo separa de la bestia; y ya que hasta el amor se compra y se paga, a esa ficción de dicha, que por un instante siquiera da contentamiento y olvido.

Sépalo, vívalo un año, un mes, un par de días siquiera y después juzgue.

Y cuando poetas “eclécticos” y dulzones le canten loas al progreso, y al horizonte y a los pajaritos y a la patria; cuando le digan que el general X luchó por su destino glorioso en este y en el otro

combate; cuando vea colgar palmas y laureles de mármoles inverosímiles; cuando mujeres millonarias y curas prostituidos le hablen de la caridad cristiana; cuando el burgués bien alimentado y egoísta le diga que en la Argentina por lo menos, no trabaja el que no quiere, insulte amigo, insulte con toda su alma, que el manso Cristo, si viviera de nuevo, lo embestía al mundo a puteadas.

***

Campamento de la desocupación. Resaca. La ciudad se depura evacuando de su intestino esta bazofia.

Bajo la luz de las estrellas, sobre la dura tierra sin entarimado, contra el relente frío del agua.

Esto es tragedia o angustia o fracaso o lo que se quiera, pero nunca espectáculo. Espectáculo del hombre para el hombre. Teatro.

Pero pasa un gordo en su auto y suspira: –¡Pobre gente! Mirá qué situación, vieja, están sin trabajo. Parece que el suspiro lo desinfla un poco.

–¡Ay sí, qué miseria! Me da mucha lástima, ¡ji, ji, ji, me da mucha lástima!

El gordito se alarma de haber desatado el flujo lacrimoso de su mujer y hace sus reflexiones, las suyas, las más exactas, las que mejor lo definen:

–Vamos querida, vamos. Si mirándolo bien no es tan trágico. No vayas a creer que no tienen ayuda. Hasta cigarrillos.

–¡Ji, ji, ji! ¿Cierto?

–¡Pero cómo no! Las cajas que les han mandado los del 43...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

–A ver un momento, quietos. Espérese, agarre aquella escoba usted. Y usted... no, usted no, el de atrás, haga como si revolviera comida en esa olla. Así, quietos ahora.

El fogonazo del magnesio, como un relámpago, alumbra diez caras lívidas.

–¡Qué nota! Macanuda. Ésta no podía perdérsela el diario.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

“Villa Desocupación”. ¡Gran éxito! ¡El mejor sainete del año! ¡Ríase! La risa es salud.

Nada mejor que una hora de risa para después de comer.

Concurra al Teatro Lavalle donde sólo por un peso se le regala una hora de risa.

“Villa Desocupación”, el sainete del año. Usted se va a reír...

Usted se va a reír con las pintorescas escenas de lo que ocurre en “Villa desocupación”. Algo único. El mejor sainete del año...

–Che, parece que me expulsan de la facultad nomás.

–Qué te dije. Habrá que ver cómo lo toma tu viejo ahora.

–Seguro que no muy bien.

–Y qué querés, él, juez, ex académico y conservador cerrado, y vos haciendo propaganda de ideas ultra izquierdistas.

–Tendré que apretarme el cinto desde ya, va a haber hambre para rato. Como para conseguir trabajo, en esta época.

–Tenés tiempo. Da máquina atrás.

–Estás listo. Aunque me cuelguen.

–Pero son giles ustedes, ¿a dónde van con eso bochinche de ideas en el mate?

–Adonde queremos. Vos sos muy pesado por eso te quedaste atrás; habrá que arrastrarte.

–Si me lo hicieras comprender bien...

–Mucho trabajo, por ahora no, sos pesado, ya te lo dije, sos medio elefante.

Si al menos hubieras sido hijo de un juez, o si hubieses pasado hambre y sueño, con un poco de inteligencia se te aclaraban las ideas.

–¿Por qué? ¿Es tan malo ser hijo de un juez?

–Ser hijo de juez no, pero ser juez y apoyar la pena de muerte es ser anormal, o pieza de museo, o un asesino vergonzante.

–Che, tu viejo...

–Un hombre nada más, un individuo como cualquier otro.

***

¡Abajo la tiranía! ¡Viva la libertad! ¡Vivan los derechos del hombre! ¡Abajo el capitalismo burgués! ¡Trabajo! ¡Queremos trabajo!

–¿Qué es eso, qué son esos gritos?

–La Marcha de los Desocupados.

–¿Pero tienen permiso de la policía?

–Qué van a tener. ¿Vos crees que les van a dar permiso? Mira, mirá, ahí vienen al trote un oficial y cuatro agentes. Acá se va armar lío, mejor que “rajemos”.

… … … … … … … … … … … … …

–Vení para acá, no te desacates, anarquista, te voy a romper el lomo a sablazos.

Qué vas a tener hambre vos. Ahora vas a comer “tumba”. Ahora vas a tener casa para rato. Páselo. Por alterar el orden público y desacato a la autoridad. Atorrante…

… … … … … … … … … … … … …

–¿Qué dice don, no conoce a nadie usted? ¿Es que lo ascendieron a comisario?

–Que tal, viejo, que me van a ascender, oficial todavía; pero es que ando con bronca.

–¿Por qué?

–Salí de ahí, una manifestación comunista, hubo que dispersarla a sablazos. Me ligué algunos golpes sin embargo.

–Y… hay crisis, hay desocupación, qué querés que hagan, pobres desgraciados.

–Son unos hijos de perra. Comunistas, anarquistas, sindicalistas. Es una merza inmunda, alteran el orden, socaban la moral, corrompen los cimientos de la sociedad, pervierten las costumbres.

–Vamos, che, vamos; a ver si te la piyaste en serio. ¿Qué es eso de la moral? Y el Alemán no te pasa una subvención para poder vender cocaína? ¿Y cuántos chorros me dijiste la vez pasada que te sacaste a razón de doscientos mangos cada uno?

Hacé el favor, a ver si te engrupís solo ahora…

***

Bernardo de Yrigoyen 1459. Sucursal del Monte de Piedad Municipal.

Me han regalado un prismático el otro día. No hacer sutilezas, no es de un humorista, no es un obsequio para la hora del almuerzo; fue una vecina vieja a quien suelo colocarle ventosas y cataplasmas cuando está enferma quien lo desenterró de un baúl antediluviano, oloroso a naftalina. Piensa la viejita, reviviendo lo suyo, que quien sale de noche va al teatro, por eso vino el obsequio. Cree que me será útil.

Cómo no, claro que me será útil. Cuando pregunte por él le diré que lo tengo depositado en boletería, para no tener que traerlo y llevarlo; podría ocurrir que me asaltasen y me lo robasen.

Me han dado ocho pesos. No está mal, por un adminículo innecesario. Peor a esa mujer que le han dado tres por sus cuatro sábanas, y peor todavía a ese pobre hombre que no obtuvo por sus baratijas ni cinco centavos.

***

Defensa, Humberto I, Paseo Colón. El caminar se ha hecho para la miseria. El caminar así sin rumbo, sin orientación, sin destino.

Hay una primavera sonriente en las calles, una primavera anticipada. Menos mal, siquiera se le alegra el pecho a uno bajo el abrazo del sol. Entra el optimismo por los poros, venido de la atmósfera. Optimismo de qué, por qué, no se sabe. Tal vez ese don de gustarle a la tierra, siempre algo.

Siento un olor de ciudad, de orillas de ciudad, penetrante y marino. Me llama el puerto con sus sirenas, sus barcos, su heterogénea fisonomía.

Irse. Evadirse. El pensamiento se corta deshilvanado y cae al suelo, tumbándose, como una chimenea que se derrumba.

Sentada sobre un pilón de amarre soy el punto céntrico del paisaje. Mis pensamientos como eje se enfilan abriéndose esta vez, simétricos y precisos, hacia los cuatro confines.

Las lejanías me dan su arco, y como una rueda de moler, mi mundo gira.

***

Paseo Colón, Humberto I, Defensa. Las doce. En casa me espera el almuerzo. Digámosle almuerzo.

Por los zaguanes se escurre el vaho de las cocinas humildes.

Aire, sol, caminata. Siento el estómago vacío. Apuro el paso. Sobre la arista saliente de una pared, un pedazo de pan. Más adelante tres gajos de mandarina. Muchas veces he visto eso sin meditarlo. Ahora ya sé. Algo tan valioso para el que alguna vez no tuvo, o tuvo apenas, que es preciso no arrojar, no desperdiciar. Dejarlo allí, para que el que venga atrás recoja.

No, yo todavía, no afortunadamente.

***

–No, a mí nadie me quita lo que tengo. Me lo gané, me lo amasé, me lo guardé, lo acumulé año tras año de mi vida. Me costó trabajo y esfuerzo. Que ¿cree usted, que me regalaron lo que disfruto?

–Pasemos por alto eso de que lo disfruta y aclaremos esto: con franqueza ¿ganó honradamente lo que tiene?

–Sí... trabajé como un burro.

–¿Lícitamente? En esa forma nadie podría tener derechos...

–Yo no maté a nadie. No robé.

–Eso es virtualmente cierto si vamos a considerar que no usó palanqueta y ganzúa. Pero robar es acumular, es no tener escrúpulos.

–Eso es el negocio. Hay que defenderse, es la lucha. Diga que algunos tenemos suerte. Si no está bien el reparto, así es la vida...

–No creo en la suerte, no veo más que la rapiña y la mala fe.

Y aunque fuese así, ¿por qué iba a quedarme abajo? ¿Para que me pisoteen, para que me humillen?

–¿Lo humillaron alguna vez?

–Sí caramba, pero yo quería subir y lo aguantaba. Ahora soy amo yo también, ahora mando.

–Y patea, insulta, rebaja, oprime. ¿No recuerda lo suyo?

–¡Que revienten! Si no fuera así, ¿quién me lo pagaría?

–Ya está compensado, tiene plata.

–Ah sí, plata sí, y bien mía, me la gané y nadie podrá quitármela. No hay derecho.

–No llore, no se asuste, quizás sea prematuro, si llora ahora,

después ¿quién se lo paga?

***

–Señora, disculpe, yo no la conozco, ni me conoce tampoco usted, pero tal vez así, de mujer a mujer, será más fácil comprenderlo.

–¿Qué desea de mí?

–Su apoyo. Paso momentos de angustia económica muy grande. Quisiera trabajo, necesito trabajo. Y esto se lo digo a usted que puede proporcionarlo, que es de mi sexo y consciente. Necesito trabajar, comer, vivir, y deseo ahorrarme, de una vez para siempre la humillación de pedirlo, como si no fuera por derecho, como si se pidiera una limosna.

–Es afligente. Me ocuparé, vaya tranquila, tengo el mejor deseo.

Pero no alegrarme demasiado, el egoísmo tiene fáciles palabras para salir de apuros.

***

Bajo fondo. Tango pegajoso. Cafetín de luces verdosas.

Camareras, tratantes y marineros. También algún poeta decadente y snob, pero no va esto con su aguda alma de señorita. Ni aunque se drogue, ni aunque se emborrache, ni aunque se acueste con la más prostituta.

Aquí los riñones eyaculan angustia, miseria y fuerza.

Aquí deseo y bebida, en desagüe violento.

Aquí dentellada, manotón, derrota y esperanza ciega.

Hemos llegado silenciosamente, en el remolino nocturno.

Un tironear de malas pasiones hacia abajo, un remover de instintos oscuros.

El vino, la música y el seso.

Vamos caminando por un hilo de alambre. Lo siento. Lo sufro.

–Si querés esta noche nos divertimos.

Cómo me gustan tus manos, tu cara, tus ojos febriles.

Como me gusta tu lívida boca.

–Si tuviéramos muchos pesos esta noche nos divertíamos. Oh no, no nos div...

–Nos íbamos a casa a querernos, a descansar.

–Sí, a querernos, a querernos, felices y limpios.

–Sin amargura, sin... ¿Lloras?

–Sí, lloro, lloro de indignación, de impotencia y de rabia.

**¡Miseria! ¡Miseria corruptora y tremenda!**

***

No, ya no me extorsiona nada, ni el hambre. Otra vez he vuelto a escuchar la sucia propuesta: “Si usted quisiera…”. A veces no es con palabras, suelen decirlo los ojos y la actitud cuando el temor y un poco de vergüenza hacen cerrar los labios.

Para eso todos son bien dispuestos, todos se muestran generosos y compasivos, da gusto.

Pero no señores, no, quiero trabajo.

Tuve veinte años una vez. Pesos me dieron, sí, muchos. Holgura para adormecer mi vergüenza, pero sufrí sola la miseria moral, nadie la compartió conmigo.

¿Qué fue, cómo fue? Tal vez la inteligencia vigilante, tal vez el destino con su favorable encadenamiento, tal vez la estructura moral. Pude rampar, hasta el fondo. Ninguno quiso impedirlo, ni le importaba. Por mis propios pasos he tomado el rumbo, de nuevo. Ya no me tuerce nadie, ya no me esclaviza nada, ya no me doblega nada ni nadie. Esperaré, firmeza tengo, la he conseguido golpeándome, tenazmente. No habrá quien pueda extorsionar mi miseria. Soy fuerte, soy consciente, soy libre. Soy yo misma reconquistada. Busco trabajo. Quiero trabajo.

***

Señor Pierpont Morgan, señor Patiño, señores, etc. etc.

He ahí una siembra trágica. Hambre y guerra y detrás la muerte, siempre la muerte, sombría y prematura.

¿Qué dice usted, señor capitalista?

–La civilización. La Patria. ¡Oh! ¡La Patria! Digo que es grande y

hermoso, apretándose el pecho, morir por ella.

–¿La patria! M…iércoles. No diga patria, diga nuevos mercados, diga nuevas fronteras, diga el negocio de la guerra. ¿Y ese hambriento que se dobla, quemadas de cianuro las tripas? ¿Le cantamos también el heroísmo de la miseria?

–La Bolsa de valores de Nueva York... Poincaré, Bonnet, Roosevelt, Simon... La Conferencia de Londres... Inflación...

Estabilización... Se busca afanosamente el remedio.

–¡Basta! ¡Basta ya! Hay que arrancarse la careta.

Compañeros: Yo, Susana Miller, treinta años, eso fue, eso viví, eso he visto.

No hay más derechos que los nuestros. Hay que romper la mole de la mistificación y el bandolerismo.

Libertad, paz, justicia y trabajo. trabajo. Yo, ciento, miles, millones queremos trabajo.

¿Trabajo? Al diablo la ingenuidad y el optimismo. Nadie viene a ofrecerlo, en bandeja de plata.

¡Compañeros! Apretemos las filas. Contra la muralla opongamos el pecho. Algo que tiembla cederá. Esto es el siglo xx.

“Arriba los pobres del mundo

De pie los esclavos sin pan...”

**Resumen**

Publicada originalmente en el año 1933 en la mítica editorial Tor, esta novela condensa y anticipa buena parte de los tópicos que dan cuenta de la crueldad del capitalismo: abusos de poder, humillaciones e injusticias. Lejos del sentimentalismo, esta obra incorpora una serie de "desvíos" del simple denuncialismo, que la acercan a la mejor de la tradición del realismo en la literatura argentina. Como sostiene Tania Diz en el prólogo, Carnelli quiere dar testimonio, pero a la vez intoduce algunas variantes más que interesantes: por un lado, la voz naradora, que de a poco se va convierti endo en una voz colectiva, de la de todos aquellos que sufren los mismos males. Como si intentara construir una voz social, polifónica. Por otra parte, el hecho de que la protagnista sea mujer conlleva un fuerte posicionamiento sobre aquellas situaciones o sentimientos por una cuestión que está más ligada al género que a la condición social. En esa fusión entre la condición femenina y la crisis social radica el principal valor de esta novela.